
El paisaje urbano de *Augusta Emerita*: reflexiones en torno al Guadiana y las puertas de acceso a la ciudad

F. GERMÁN RODRÍGUEZ MARTÍN*

R E S U M E N Muchos son los interrogantes que aún quedan por resolver para tener un buen conocimiento de la antigua *Augusta Emerita*. En este trabajo pretendemos abordar la problemática que se desarrolla en las inmediaciones del río Guadiana y las puertas de acceso a la ciudad. Partimos de un análisis del paisaje urbano en torno al *Ana*: el río, el puente, etc., y las transformaciones que paulatinamente se van desarrollando en esta zona. Para concluir con los accesos a la ciudad. En este aspecto, se ha tenido muy en cuenta la topografía para valorar las facilidades e inconvenientes.

A B S T R A C T Many questions still remain to be solved in order to have a good knowledge of the ancient *Augusta Emerita*. In this paper we intend to deal with the problems that developed in the thereabouts of the river Guadiana and the access gates to the city. We start from an analysis of the urban landscape in the thereabouts of the *Ana*: the river, the bridge, etc., and the changes that were gradually developing in this area. To conclude with the approaches to the city. In this aspect the topography has been taken into account in order to value the chances or problems.

Muchos son los interrogantes que aún quedan por resolver para tener un buen conocimiento de la antigua *Augusta Emerita*. Cuestiones que poco a poco esperamos se vayan desvelando con las aportaciones que día a día nos van revelando las excavaciones que se llevan a cabo en la ciudad (obras de seguimiento del Consorcio de la ciudad Monumental), y la labor de investigación que se viene desarrollando desde diversos Centros (MNAR, CSIC, Instituto de Arqueología de Mérida, etc.).

Uno de los primeros problemas que nos encontramos al analizar el paisaje de la antigua Colonia, es la diferencia que hay entre el eje del *decumanus maximus* y el puente romano. Se están apuntando varias hipótesis, sin que por el momento se haya llegado a una solución verdaderamente satisfactoria (Mateos Cruz, 1995, p. 237; Gorges y Rodríguez Martín, 2000, p. 111 ss)¹.



Fig. 1 Vado del Guadiana a la altura del puente romano.

En una primera aproximación, al fijarnos en la ubicación del puente, observamos que se ha levantado en las inmediaciones de un vado. Paso natural que resulta muy fácil cruzar a pie gran parte del año (Roso y Hernández, 1950, p. 17-20)² (Fig. 1).

La elección de este lugar para el asentamiento de la ciudad vendrá avalada, entre otras razones, por la presencia del único paso que había en varios kilómetros. Esguazo que venía siendo empleado desde tiempos inmemoriales para cruzar el *Ana* (Enríquez Navascués, 2003, p. 31).

En los inicios de *Emerita*, como los de cualquier otra ciudad³ que contaba con un paso tan favorable, no era vital la construcción de un puente. En el caso emeritense, los problemas surgían en los momentos de grandes crecidas (a veces riadas). Esa situación se producía normalmente durante el invierno y con las fuertes lluvias (Roso y Hernández, 1950, p. 19-20). Etapas en las que la actividad comercial quedaba semi-aletargada⁴. El resto del año el tránsito podía desarrollarse con toda normalidad. Si el puente se realiza años más tarde, como parece ser⁵, y el vado está en pleno funcionamiento en esas fechas, es lógico pensar que la orientación del *decumanus maximus* coincida con este paso. No creemos que esta circunstancia sea fruto de la casualidad y, por tanto, debe obedecer a que se tomó como referencia para marcar el eje principal de la *urbs*. Es posible que ésta sea la causa del desfase entre las dos obras, aunque sin duda puede haber otras razones.

En suma, con los datos que actualmente manejamos, lo que sí parece claro es que el vado fue utilizado por los romanos (Mateos Cruz, 1995, p. 243)⁶ para cruzar el Guadiana, por lo menos, hasta la construcción del puente.

El lugar elegido para levantar la futura ciudad va a ser la orilla derecha del río, entre los cerros de San Albín y el Calvario, aprovechando las elevaciones (Almagro, 1976, p. 190)⁷ y vertientes que desaguaban hacia el *Ana* (Fig. 25) (Hernández Ramírez, 1998, p. 17-21). Como se desprende del lugar elegido, los romanos fueron conscientes, desde el principio, de las irregularidades del río y de las importantes avenidas que podían sufrir. Por eso, pese a contar con un amplio cauce, levantaron la ciudad a una altura (Almagro, 1976, p. 191) que consideraron propicia para librarse de estas creci-

das. Prueba del perfecto conocimiento que tenían de esta situación fueron las medidas tomadas, desde los inicios, para resolver los problemas que planteaban la inundación de tierras y los continuos cambios de cauces. Sabemos por Agenio Urbico que las tierras aledañas al *Ana* fueron declaradas de uso público, *subseciva* (Agennius Urbicus, 44,5; Ariño y Gurt, 1994, p. 48-49; Gorges y Rodríguez Martín, 2000, p. 135 ss.; Le Roux, 1999, p. 265).

¿Que ha ocurrido a su paso por Mérida? Dicho de otro modo: ¿la visión que actualmente tenemos del cauce del río a su paso por la ciudad, es la misma que la que encontraron los romanos cuando planificaron *Emerita*?

En la foto aérea de Mérida, vuelo americano de 1956⁸, observamos que el lecho principal del río discurría en esas fechas por el centro del cauce – al igual que lo hace hoy –, y un ramal por las proximidades de la ciudad (Guadianilla) (Fig. 2). Entre ambas corrientes quedaba una isla.

Al analizar el trazado del puente romano, sin entrar en más pormenores, y fijándonos en su estructura, vemos que en esa etapa debían existir tres corrientes que surcaban el amplio lecho del irregular Guadiana. La tercera ha sido puesta de relieve a partir de la limpieza del último tramo del puente⁹. Por tanto, si había tres cursos de agua, no tendríamos una única isla, sino dos.



Fig. 2 Foto aérea de Mérida. Vuelo americano de 1956.

Otro detalle que creemos puede ser relevante al analizar esta fotografía, es la apertura, aguas arriba, de un canal (Fig. 2). Dicha apertura se localiza a unos 200 m de lo que en esos tiempos son los pilares para la construcción del “puente nuevo”. En este punto se aprecia con nitidez que hay una entrada para desviar agua desde el río hacia las cercanías de la ciudad. Precisamente, esta canalización se ha realizado en una zona donde el río es más estable y profundo. Como podemos advertir, no es el resultado de los intentos del río por abrir un nuevo cauce, fenómeno perfectamente constatado en las Vegas Bajas (Rodríguez Martín, 1988, p. 201-219, 1993, p. 40 ss., 1997, p. 697-711, 1999, p. 121-134), sino que en él se intuye claramente una intervención directa de la mano del hombre¹⁰. Acción que, como veremos, no tenía la finalidad de aproximar el río a la ciudad, pero sí aportar agua de forma constante a ese lado del cauce. Tal vez, a uno de los brazos que sólo corría de forma continua en época de lluvias. Y nos basamos para pensar que no es apertura natural, en la topografía del terreno. Si nos fijamos en la orilla donde se va a abrir este paso¹¹, vemos que, de no existir este acceso, continuaría de forma regular, aguas abajo, un buen trecho más. Posiblemente hasta pasado el denominado “Puente nuevo” (antigua Nacional V). A partir de este punto, el cauce se abre¹².

Ante esta nueva perspectiva nos surgen algunas cuestiones, por ejemplo: ¿cómo sería el paisaje antes de la construcción de ese canal? ¿Cuándo y quién lo ha realizado? ¿hubo algún motivo en particular?...

Fijándonos en la foto aérea, y tomando el puente como referencia, nos damos cuenta que el lecho principal del *Ana* discurría, en época romana, por el mismo lugar donde lo hace actualmente. Más o menos por el centro del cauce; con la posibilidad, y alta probabilidad, que tras las épocas de grandes crecidas, en las que ocupaba toda la amplia zona inundable, se mantuviese algún ramal de poca profundidad. Sería el caso del brazo que pasaba por la barriada de San Antonio. Y, tal vez, el que pudo discurrir por las cercanías de Mérida. Cuérragos secundarios que gran parte del año bajarían prácticamente secos (Roso y Hernández, 1950, p. 19-20), sobre todo en los periodos de estiaje. A tenor de estos datos, el paisaje hipotético que se nos presenta — el que quizás pudieron presenciar los primeros romanos —, es el de un amplio cauce, con la típica vegetación de ribera y un lecho principal poco profundo (fácil de cruzar), en el que la orilla del río (a la altura de la actual isla) se encontraba alejada de la futura urbe. Este amplio cuérrago, únicamente se ocuparía en su totalidad con las grandes crecidas. El resto del periodo de lluvias, como es lógico pensar, el nivel de las aguas aumentaría con más frecuencia que en la actualidad, ya que no contaban, como ocurre hoy, con un sistema de regulación del río por medio de presas. Por el mismo motivo, en las épocas de estiaje el Guadiana bajaría con muy poca agua.

En base a esto, el único problema que se encontrarían al cruzar el vado durante el periodo estival sería pasar el lecho principal, ya que el otro ramal (el de la Barriada de San Antonio) estaría casi seco. La dificultad se reduciría a unos 100-120 m de escasa corriente y poca profundidad. No debería pasar de los 50 cm en la parte más honda¹³. Salvado este obstáculo se llegaría a la orilla situada en la denominada “La isla”, en las inmediaciones del futuro tajamar. Desde aquí, hasta llegar al promontorio donde se va a levantar la ciudad, el camino transcurriría por un terreno pedregoso, propio del cauce de un río. La subida a este sitio debería hacerse a través de alguna rampa.

Si esta hipótesis fuese cierta, como creemos, a la hora del planteamiento de *Emerita* se encontrarían con un promontorio alejado de la orilla del río. Como ya hemos dicho, la ciudad se va a proyectar sobre ese promontorio, aprovechando las curvas de nivel más seguras — cota superior a los 200 m (Fig. 25). Sobre esta cota, como muy bien analizó en su día Martín Almagro, se levantaron las murallas de la ciudad (Almagro, 1976, p. 190)¹⁴.

Se han planteado diversas teorías respecto al tamaño que la ciudad pudo tener en sus comienzos. Autores como Schulten (1922, p. 9-10), Mélida (1925, p. 115), Gil Farrés, García y Bellido, Alma-

gro (Almagro, 1976, p. 194)¹⁵ o Balil opinan que *Emerita* en sus inicios adoptó una planta campamental (Mérida *Quadrata*). Richmond, Álvarez Sáenz de Buruaga, Álvarez Martínez, Calero o Hernández Ramírez plantean un diseño único, a lo grande (Richmond, 1930, p. 99 ss.; Álvarez Sáenz de Buruaga, 1976, p. 32; Álvarez Martínez, 1985, p. 116-117; Calero Carretero, 1986, p. 152; Hernández Ramírez, 1998, p. 17 ss). Bendala y Durán (1994, p. 258), Mateos (1995, p. 237)¹⁶ y Alba (2002, p. 371), en línea con los anteriores, también rechazan el planteamiento primitivo de “recinto militar de planta cuadrangular” y abogan más por un crecimiento paulatino. Sea una u otra la realidad, lo que no ofrece ninguna duda, como veremos, es que el planteamiento de la ciudad está en función del *Ana* (Álvarez Martínez, 1983, p. 16)¹⁷. Podemos decir que es una ciudad que miraba, y mira, al río (Almagro, 1976, p. 191; Álvarez Martínez et al., 1994, p. 163); y en base a esto, van a trabajar intensamente en adecuar ese marco.

El nacimiento de la urbe va a generar la búsqueda de soluciones para un tema tan controvertido como es el vertido de las aguas a través de las cloacas. Por la propia orografía del terreno éstas van a desaguar al Guadiana (Fig. 25) (Hernández Ramírez, 1998, p. 61-102)¹⁸. El primer problema que pudieron encontrarse es que las orillas del *Ana* quedaban alejadas de la ciudad; aunque pudiese existir un ramal menor en sus inmediaciones. Brazo que en verano estaría seco o casi seco. Esto era un handicap, ya que al no poder desaguar directamente en el río supondría que las aguas residuales quedarían estancadas en las proximidades de la urbe, a la espera de que las crecidas anuales las arrastrasen; con lo que durante ese periodo (el de más calor) sería un foco de continuas infecciones.

La solución que debieron plantearse fue la construcción de un canal (o, en el caso de existir, aprovechar este brazo del río) para acercar un flujo continuo de agua. Apertura, que, como hemos visto con anterioridad (Fig. 2), se abrió aguas arriba, por encima de lo que en esos momentos son los pilares para la construcción del puente nuevo. E incluso es posible, como se aprecia en la foto aérea de 1956, que en la zona media, entre el actual puente nuevo y el romano (a unos 50 metros de la proa del tajamar), se hiciese otra entrada que también aportase agua a este canal. Obra que nuevamente se ha vuelto a llevar a cabo, por parte de los ingenieros actuales, en la mejora que hace unos años se realizó en este tramo del río¹⁹. Con esta solución se conseguía que el canal llevase agua incluso en las épocas de mayor estiaje. Y, además de canalizarlo, acercar un curso de agua a la ciudad, pero no el río (Álvarez Martínez, 2002, p. 13). De esta manera tendrían un caudal continuo que arrastrase, aguas abajo, los vertidos de las cloacas (*aqua pluvia*, *aqua caduca*) al lecho principal; y evitar que el lugar fuese un foco de enfermedades. Canal que, además de arrastrar estas aguas, iba a ser aprovechado desde el inicio hasta el final de su recorrido, por las distintas industrias que en sus inmediaciones se fueron levantando (alfarería²⁰, *fullonicae* [Estévez Morales, 2001, p. 143, 145 ss]²¹, etc.). Es interesante la apreciación aportada por el arqueólogo Serra Rafols (1946, p. 343-344) en la primera mitad del siglo XX. En las excavaciones que él dirigía en la Alcazaba, en un intento de buscar una solución para abaratar los costes, se plantea la idea que nos hizo reflexionar sobre el tema: “La proximidad del río y la situación dominante de la Alcazaba sobre el curso de aquél, aparenta ofrecer una solución cómoda y económica. Bastaría abrir un boquete provisional en la muralla, por el que pasen las vagonetas, y verter directamente a la corriente. Las grandes avenidas anuales del río se cuidarían de limpiar el cono de tierra vertido. Pero por desgracia, el brazo del Guadiana que lame las murallas de la Alcazaba está afecto a una concesión, ya que forma parte, al parecer, de una especie de canal del llamado molino de Pancaliente. Es cierto que el dueño de la concesión no parece muy escrupuloso en el cumplimiento de las obligaciones de limpieza de su pretendido canal, que constituye un peligroso foco de paludismo”. Es precisamente, la última parte del texto la que nos hizo meditar sobre el problema que planteaba que el “Guadianilla” no circulase. Si las cloacas vertían a esta zona, y no pasaba un curso de forma continua, esta parte del cauce del

río sería un foco de enfermedades. Por tanto, necesitarían imperiosamente buscar una solución para que el agua corriese durante todo el año.

El paisaje que tendríamos a partir de este momento sería la presencia de un lecho central (por donde correría el verdadero río) y dos ramales, uno cercano a la ciudad (Guadianilla) y otro, de escaso caudal, por la Barriada de San Antonio. En medio de las corrientes las dos islas. Desconocemos la fecha en que pudo llevarse a cabo esta obra. En buena lógica debió realizarse durante la fase de construcción de la ciudad. Sea cual sea la fecha de fundación²², lo que si parece claro, atendiendo a la topografía del terreno, es que a la hora de planificar y ubicar los límites urbanos (cerco murado), se aprovecharon las elevaciones más relevantes (Feijoo, 2000, p. 571)²³. En el interior quedaba, en líneas generales, un panorama de cuevas, a veces bastante empinadas, que partían del río hasta las elevaciones del Cerro de San Albín, Teatro, Puerta de la Villa, Arzobispo Mausona, Concordia o Calvario (Fig. 25). Recorrido que a grandes rasgos seguirá el trazado de la muralla romana. El espacio que quedaba en el interior, donde se iba a levantar la ciudad, obligaba a nivelar el terreno para poder adaptar las construcciones (Alba Calzado, 1997, p. 291). Como claramente se puede apreciar en los espacios ocupados por edificios públicos — foro provincial, pórtico del foro — *Augusteum* (Álvarez Martínez y Nogales, 2003) — o privados (por ejemplo, el espacio de Morería (Alba Calzado, 1997, p. 285-315). Partiendo de esta premisa, y fijándonos en la topografía de la ciudad, parece claro que la planificación de las murallas obedece a un criterio unitario (Lequément, 1977, p. 145 ss). Programa en el que se tuvo muy en cuenta la idea militar de defensa (Hourcade, 2003, p. 321)²⁴, pese a encontrarnos en una etapa de “paz”, pues su trazado claramente aprovecha los lugares más elevados (Fig. 25). De tal manera, que la llegada a las murallas, desde cualquier punto del exterior, era en pendiente, salvo desde el río. Situación que favorece la defensa y, además, permite el control de un amplio espacio. En la fachada que daba al Guadiana, es el río, su amplio cauce y el talud sobre el que se eleva la ciudad (cota de los 200 m) el que ejerce esta función. Queremos desterrar la idea de una *Emerita* más pequeña, tipo campamental, en el centro del solar emeritense. Tesis apoyada, entre otros, por Schulten (1922, p. 9-10)²⁵. Nos basamos para rechazar esta teoría, tanto en razones de tipo arqueológico (no han aparecido, por el momento, huellas de este primitivo recinto²⁶) como en la ubicación propuesta. De existir una Mérida con este modelo, creemos que habrían elegido un lugar con una topografía más favorable, como la que presenta el cerro de San Albín o el Calvario²⁷ (Fig. 25); pero salvo imperativos de fuerza mayor (que no los vemos), nunca habrían ocupado el centro del solar emeritense. Lugar que, a nuestro entender, planteaba, en la mentalidad militar de los veteranos, graves inconvenientes cara a una defensa favorable, ya que los alrededores se encontraban más elevados que la propia muralla.

El hecho que la planificación del trazado de las murallas fuese unitario, no implicaba que se realizase toda a la vez. Debieron existir diversas fases de construcción²⁸. Lo que si nos parece claro, a la luz de los últimos hallazgos, es que la estructuración del espacio donde iba a levantarse la ciudad obedece a un programa completo (cerco murado, calles, espacios públicos, etc), independientemente de su ocupación y de su ejecución (Alba Calzado, 1997, p. 290, 2001, p. 402, 2002, p. 371)²⁹.

Podemos decir que en un primer momento se planifica toda la ciudad, tomando como base, para el trazado del *decumanus*, el paso que en esos momentos estaba en funcionamiento, el vado sobre el *Ana*. No sabemos si dentro de este primer planteamiento urbano estaba la construcción de los puentes (Moreno de Vargas, p. 67)³⁰. Obras en un principio innecesarias y muy costosas (Saquete, 1997, p. 165 ss)³¹. Fuese o no idea originaria, lo cierto es que no muy alejado en el tiempo se contempló su construcción. Como veremos, el primitivo proyecto no obedecía a un puente unitario, sino a varios que salvaran las corrientes de agua que ocupaban el amplio cauce del Guadiana. Puentes que debido a su elevado costo debieron ir haciéndose en diferentes fases.

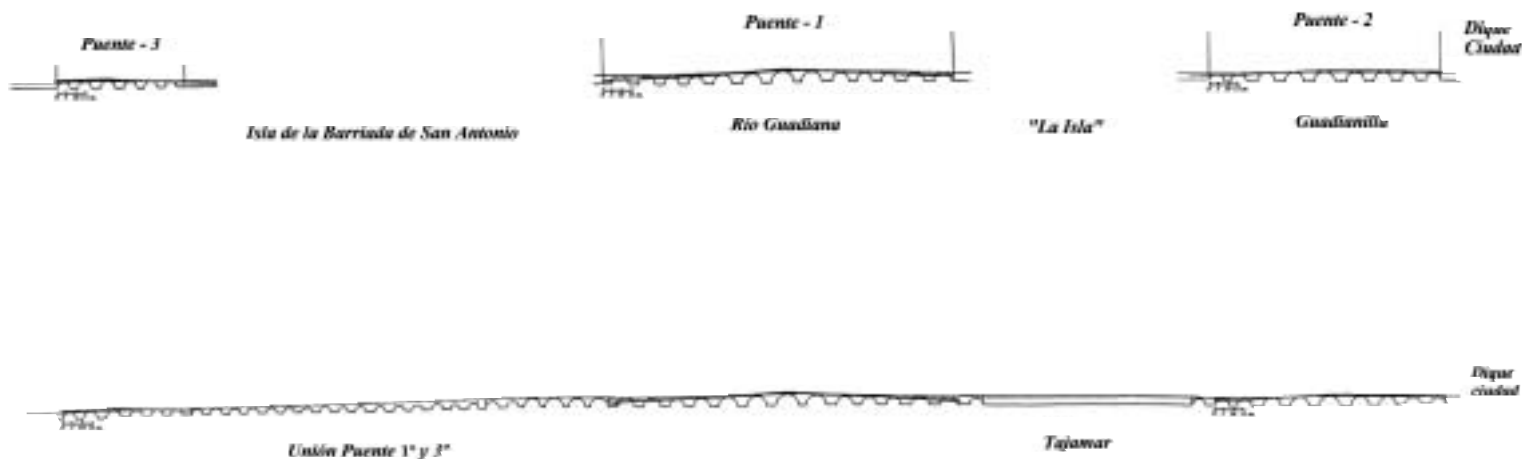


Fig. 3 Puente romano de Mérida. Reconstrucción según Rodríguez Martín. Dibujo de Sergio Ferreiro Yanes.

Guiándonos por la lógica, dado que no contamos con una prueba de mayor peso (arqueológica, edilicia, etc), pensamos que el primero en realizarse estaría encaminado a salvar el lecho principal del *Ana*; ya que mantenía un curso continuo a lo largo de todo el año. Puente que uniría de esta manera las dos islas (Fig. 3). Con la construcción del canal, próximo a la ciudad, se había conseguido que un brazo del río llevase agua durante todo el año. Como es lógico, en un espacio temporal corto, debió levantarse el segundo puente, el que enlazará “La isla” con la ciudad. Decimos que su ejecución no debe distar mucho en el tiempo, pues, como apunta Álvarez Martínez y Durán, la edilicia de ambos tramos es similar (Álvarez Martínez, 1983, p. 40; Durán Cabello, 1993, p. 48). El último en llevarse a efecto se levantó, varios años más tarde, sobre el ramal de la Barriada de San Antonio. Corriente que, como hemos apuntado, debió ser de curso estacional. Con la construcción del tercer puente que unía la que hemos denominado isla de la Barriada de San Antonio y la otra orilla, se salvaba el amplio cauce del *Ana* (Fig. 3).

El primer puente, que como hemos apuntado uniría ambas islas, se levantó sobre el lecho principal del Guadiana³². Actualmente este tramo cuenta con veintiséis arcos (desde arco 11 al 36). Ha sido la parte más castigada por las riadas, presentando un aspecto muy diferente al que en un principio pudo tener. En él podemos apreciar las distintas restauraciones que se han venido realizando a lo largo de los tiempos (Fig. 4). Muchas de ellas bien documentadas (Álvarez Martínez, 1983, p. 30-40). Pese a todos los cambios que han modificado su fisonomía primitiva, aún quedan rastros de la obra originaria en los arcos veintitrés, veinte, diecinueve y dieciocho. En base a estos restos, si trazamos una línea que una las huellas del pretil primigenio (Fig. 5), nos damos cuenta que el dibujo resultante corresponderá con el de un puente de doble vertiente. Es decir, partiría de un arco central, el que actualmente ocupa el número veintitrés, para ir descendiendo, por ambos lados, hasta las respectivas orillas (de las islas)³³. El número total de arcos posibles debería ser de trece³⁴. Partiría del actual arco diecisiete y concluiría en el veintinueve. No vamos a entrar en un análisis pormenorizado de los distintos arcos, y menos en las restauraciones que se han producido a partir de la etapa romana. En esta parte únicamente queremos señalar algunos detalles respecto a aquellos arcos o pilastras que, a nuestro entender, nos puedan aportar información concreta. Dejando a un lado las reformas de época romana, que trataremos más adelante, nos vamos a fijar en el arco veintitrés. Arco



Fig. 4 Puente sobre el Guadiana. Parte central.



Fig. 5 Vista general del puente sobre el Guadiana. Puente n.º 1.



Fig. 6 Arcos retocados del puente central (19,18 y 17) y pilas adelantadas.

que como apuntan Fernández Casado y Álvarez Martínez (Fernández Casado, 1955; Álvarez Martínez, 1983, p. 40 y 44) — cada uno a su manera —, marca el eje central de este puente. Mientras que para Feijoo (1999, p. 32) es el arco veinticuatro, ya que las medidas del aliviadero de la pila 23-24 es superior al del 22-23. Dado que esta parte del puente es la más afectada por las restauraciones, no descartamos totalmente esta posibilidad, aunque pensamos al igual que Fernández Casado y Álvarez Martínez, que el arco central es el 23. En base a esta propuesta, si nos fijamos en las huellas del pretil del arco veintitrés, observamos que el punto más alto del tablero se produce, precisamente, en el centro de este arco (Fig. 5). A partir de ahí comienza a descender, pese a las reformas, en ambas direcciones. En el caso de las pilas, vemos que la de mayor tamaño coincide con la n.º 22 y 23. Otro detalle que nos ha hecho reflexionar es que tres pilares-tajamar se encuentren más avanzados que el resto. Se trata de los situados entre los arcos 29-28; 16-17 y 17-18 (Fig. 6). Desconocemos a que época pertenecen. Lo que nos llama la atención es que se encuentren al final de cada lado del puente de época romana. Y que — como analizaremos más adelante — uno de ellos, sin ninguna causa aparente, se desmonte y reduzca a nivel de cimentación. La presencia de este modelo de tajamar, y su posición en la estructura del puente, nos ha llevado a considerarlos como una fórmula para delimitar el lecho del río.

El segundo puente es el que une la ciudad con la isla. Es el mejor conservado y uno de los que menos reformas ha sufrido. Actualmente consta de diez arcos (1-10). Como en el caso anterior también adopta la forma de doble vertiente; aunque en este caso el planteamiento es distinto dado que uno de sus lados descansa en un muro de bloques de granito (Silva Cordero, 2002, p. 265). Parte de esta plataforma aún se puede apreciar perfectamente detrás del “dique” (Fig. 7). Dicho muro tenía

la doble misión de acoger al primer arco y de nivelar el tablero con la antesala de la puerta de la ciudad. Espacio, que como hemos visto quedaba desplazado unos metros de la embocadura del puente. Se conseguía formar una especie de explanada (Mateos Cruz, 1995, p. 237) que facilitaba la entrada a la urbe³⁵. Pensamos que esa sería la razón de que este “dique”, como muy bien ha visto Silva, se aprecie en la cloaca del *decumanus maximus* y no continuase muchos metros más allá. Ya que como ha podido comprobar este investigador, no se ve en la siguiente salida del colector (Silva Cordero, 2002, p. 265).

El hecho de que esta parte del puente muera en la ciudad, ha producido que las luces de los arcos hayan tenido que aumentar. La finalidad era conseguir una perfecta nivelación del tablero del puente. En la parte contraria, el que va a “La Isla”, la situación es distinta, ya que finalizaba en tierra (Fig. 8). Si proyectamos una línea en base al pretil romano (Fig. 9), nos damos cuenta que el arco central, como muy bien vio Fernández Casado, corresponde con el arco número cinco. A partir de ahí el tablero bascula, por un lado, hacia la ciudad, y, por el otro, hacia “La Isla”. En el trabajo realizado por Feijoo (1999, p. 323) sobre este tramo del puente, le llama la atención “la falta de simetría en una modulación tan correcta”. Tras un análisis de los módulos llega a la conclusión “que no es que el puente tenga un arco más, sino uno de menos”. Dicho arco lo sitúa inmediatamente anterior al número uno, “encontrándose actualmente debajo del dique”. Solución que se nos antoja difícil, abogando a lo expuesto unas líneas más arriba.

Dejando a un lado las reformas (que ya trataremos en su momento) y continuando con el análisis de la proyección, observamos que a partir del arco cinco, en dirección a la isla, habría cuatro



Fig. 7 Puente romano sobre el Guadianilla. Al fondo dique y cloaca del *decumanus maximus*.



Fig. 8 Puente romano de Mérida. Arcos del segundo puente.

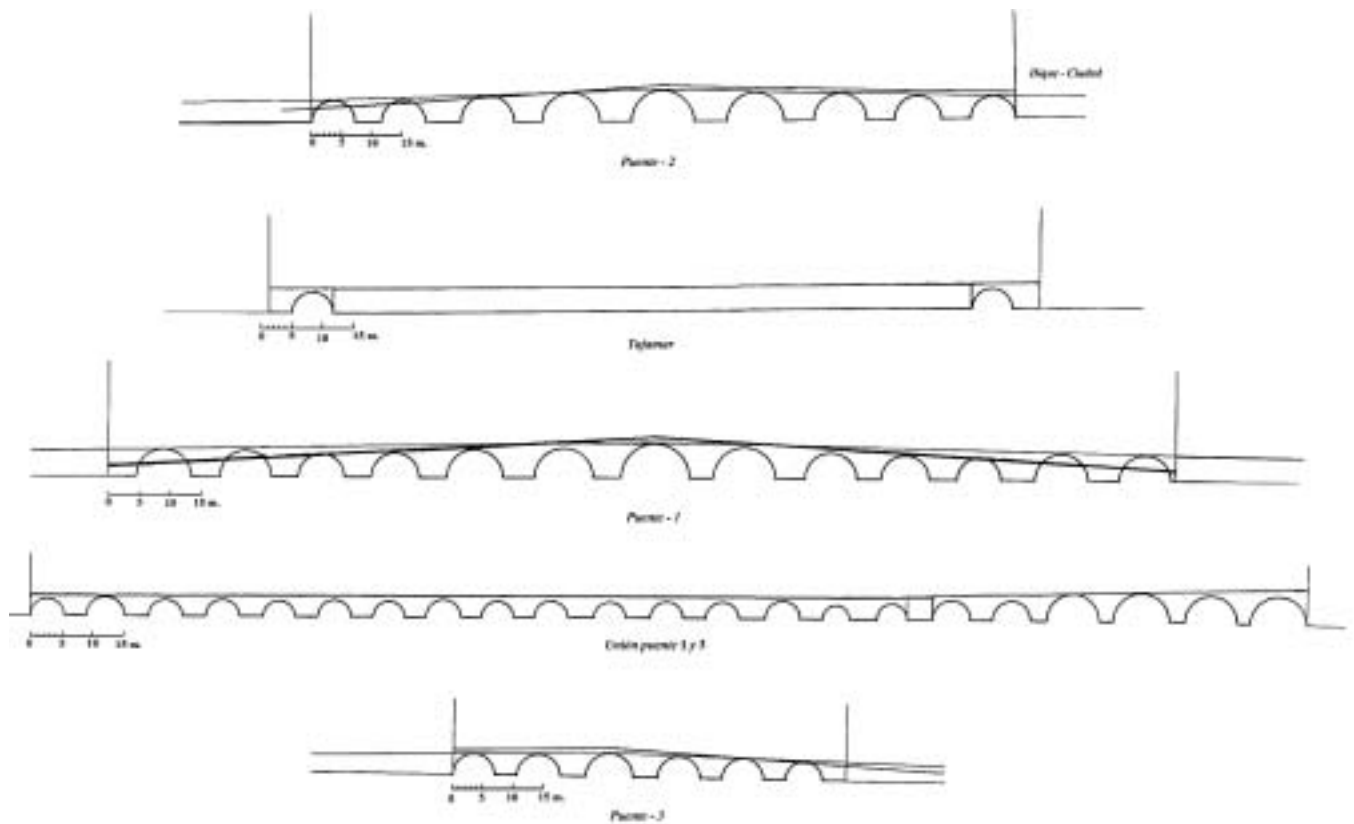


Fig. 9 Reconstrucción de los distintos puentes romanos sobre el Guadiana, a su paso por Mérida, según Rodríguez Martín. Dibujo de Sergio Ferreiro Yanes.

arcos más, en vez de los cinco que actualmente hay. Arcos que, como bien se aprecia en el número seis, comienzan a disminuir en una proporción mayor que su homónimo el arco cuatro. En nuestra opinión, esta discrepancia es debida a que el número cuatro tiene que buscar la nivelación con la llegada a la ciudad, y el seis comenzar a descender paulatinamente para llegar a tierra. De este modo, como podemos ver en las Figs. 3 y 9, contaría, en un primer momento, con nueve arcos.

El último puente en construirse será el que una la que hemos denominado Isla de San Antonio (la más grande) con la orilla contraria de la ciudad (Fig. 10). Actualmente este tramo del puente cuenta con veinticuatro arcos. En él se aprecian, como apunta Feijoo (1999, p. 332), distintas obras. Pese a ellas, es el que menos restauraciones modernas ha sufrido. Como venimos señalando, es el último en ejecutarse, debido, posiblemente, a que es un brazo menor del río, y a que buena parte del año llevaba poca agua o estaba medio seco. La obra en conjunto, dejando las reformas, presenta las mismas características técnicas que las dos anteriores. Lo cual nos obliga a plantearnos que, pese a las diferencias edilicias, tampoco debió ejecutarse muy alejado en el tiempo. Como en los casos anteriores se trata de un puente de doble vertiente (Fig. 9). El arco central sería el número cincuenta y cinco. A partir de ahí el puente bascula, por un lado, hacia la isla, y, por el otro, hacia la orilla (tierra firme).

La imagen actual que deja el pretil, tras las reformas llevadas a cabo, es que el eje central se situaría entre la pila y el arco cincuenta y seis. Que aunque no es relevante al tratarse de un brazo menos, la realidad es que nos presenta una visión distorsionada. De este modo, a simple vista, las leyes de simetría, que en los anteriores puentes se daba, aquí parece romperse (Fig. 10). Pero no es del todo cierto. Analizando la obra en conjunto, que es como pensamos debe hacerse, vemos que se ha empleado una técnica mixta: arquería y muro macizo. Indudablemente, la parte por donde corre el agua, y que, además, estaba expuesta a recibir una mayor cantidad en las épocas de crecida, se levantó sobre arquería (cuatro arcos). En la parte contraria, la que terminaba en la orilla, únicamente se han hecho dos arcos en la zona del lecho del ramal. A partir de ahí, en nuestra opinión, en un exceso de confianza, se levantó un paramento macizo, al pensar que se encontraban en un extremo



Fig. 10 Tramo final del puente romano de Mérida. Tercer puente.

del río, y que las aguas ya no plantearían ningún problema. Muro que como veremos también tuvieron que reformar. Resultado de este proyecto de simetría son los arcos 54-56 y 53-57, que tienen los mismos módulos. Medidas que van decreciendo para perder altura.

Con la construcción del tercer puente la comunicación entre las dos orillas estaba garantizada la mayor parte del año. Salvo en las épocas de las grandes avenidas. ¿Cuándo se llevan a cabo estas primeras obras? Distintos autores atendiendo a la edilicia comparativa con otros puentes, lo han situado en época augustea (Álvarez Martínez, 1983, p. 84). Fecha que habría que revisar en función de las investigaciones y hallazgos que se vienen realizando en los últimos años. No somos expertos en la edilicia romana de los puentes, y, por tanto, no podemos aventurarnos a dar una data precisa basándonos en esta técnica. Ahora bien, si hacemos un ejercicio de reflexión en base a los restos materiales más antiguos encontrados en la ciudad (la inmensa mayoría del siglo I d.C.), a las fechas propuestas para este tipo de edilicia, y a un hecho que nos resulta muy significativo, como es que este gran monumento no aparezca representado en las distintas serie de monedas de la ceca emeritense (Gil Farrés, 1946)³⁶ — cuando el río, el templo o la puerta si lo hacen —, pensamos que la cronología augustea propuesta podría retrasarse algunos años más tarde. De tal manera, que en un intento de acercamiento entre las fechas otorgadas por los materiales³⁷, y llevando a los extremos más cercanos las propuestas en base a las técnicas edilicias³⁸, nos encontraríamos que la construcción de los primeros puentes pudo realizarse, tal vez, en época de Tiberio o Claudio. Probablemente antes de que la ciudad esté preparada para recibir una nueva oleada de gentes itálicas. Llevada a cabo, como se desprende de las fuentes, en época de Otón (Tácito, I, LXXVIII).

Dentro de un segundo plan se va a abordar, posiblemente entre otras obras, el embellecimiento y aprovechamiento de la zona del río. Hemos comentado en un principio que la ciudad miraba al *Ana*. En este segundo proyecto se planificará la unión de los puentes, la construcción de un tajamar en “La Isla”, y un gran muro (dique) en la orilla próxima a la ciudad. Obras muy costosas y que creemos se irán levantando en distintas fases.

La primera en acometerse, por la importancia y las consecuencias que tenía, creemos que debió ser la unión de los dos primeros puentes. Este acoplamiento requería la construcción de nuevos arcos y la reforma de alguno de los ya construidos, si querían conseguir la nivelación de los dos tableeros (Fig. 3). Como solución para abaratar costes, además de conseguir un buen efecto, se levantó en medio de la primera isla, un tajamar siguiendo la pauta del realizado en la *Isola Tiberina*. Claro ejemplo de propaganda romana (*speculum populi Romani*). Espolón, que como se ha podido comprobar a lo largo de su historia, va a plantear importantes problemas. Entendemos que uno de los grandes errores que cometieron los romanos. Decimos “error” puesto que en un río de estas características, donde las avenidas son frecuentes, la construcción de una mole así iba suponer, por un lado, limitar el cauce y, por otro, provocar, en las etapas de fuertes crecidas, que las aguas se lanzasen con más violencia contra el puente. Especialmente sobre el central, como ya vio Forner y Segarra (1893, p. 32)³⁹. Pero hay más. Si nos fijamos en la posición que ocupa el tajamar, vemos claramente que no está construido en el centro del lecho del río (Fig. 3), como sería lo lógico si queremos desviar la fuerza de la corriente hacia dos lados. Esta gran obra se alza en una isla, entre dos puentes, y próxima a la ciudad. Prueba inequívoca que eran muy conscientes de los problemas que podía ocasionarles el río si lo acercaban a la urbe. De ahí que levantasen el espolón en este lugar. Se trataba de una gran obra de forma pentagonal alargada, de unos 106 m de ancho por 260 m de largo (Hernández Ramírez, 1999, p. 90), que culmina en forma de proa de barco. Estructura que, además de tener un doble refuerzo (Fig. 11), presenta una clara inclinación para que las aguas vayan a su cauce natural, no al canal que corre por las inmediaciones de la ciudad. Lo cual provoca un abocinamiento en caso de crecidas, para que vierta al lecho principal. La apertura de esta obra no pretendía, como



Fig. 11 Restos de la proa del tajamar del puente romano de Mérida.

se ha apuntado, acercar el río a la ciudad, sino todo lo contrario, procurar que las aguas tendiesen a circular por la orilla contraria. Ya tenían la terrible experiencia de los problemas planteados por el *Tiber*. De hecho, esa misión la cumplió con éxito, como se puede apreciar en las múltiples reformas que han tenido que hacerse, a lo largo de la historia, en esa parte del puente, y prácticamente ninguna, en la parte cercana a Mérida.

La forma del tajamar, como hemos dicho, es la de un pentágono que termina en forma de proa escalonada. Es posible que contase con alguna escalinata o rampa de acceso al resto de la isla. Se han planteado algunas hipótesis en cuanto a su estructura interna (Hernández Ramírez, 1999, p. 91). Atendiendo a estos planteamientos, pensamos que no se trataría de una obra muy compleja. Por los restos conservados, contaría con un gran cinturón de hormigón, reforzado en su cara externa por bloques de granito, posiblemente, en todo su recorrido. Refuerzo escalonado que es mayor en la zona de la proa (Fig. 11). En el interior suponemos que los muros externos estarían reforzados, posiblemente en todo el recinto, por grandes cajetones de hormigón y contrafuertes internos para hacer de presa. Como aún se puede apreciar en la zona de la proa y en el lado que da al lecho principal del río. Dentro de esta gran plataforma, como puede observarse, debieron existir varios aliviaderos, como bien observó Álvarez Martínez (1983, p. 66), que servían de comunicación entre la zona del río y el canal (Guadianilla). Uno de ellos aún puede verse hacia la mitad del descendadero. Si nos fijamos en la forma externa, vemos que presenta un eje transversal, en relación con la obra, con inclinación favorable del Guadiana hacia el canal. Dicha sección la interpretamos que tenía la misión de desagüe del lecho principal en las crecidas. Es decir, a medida que iba subiendo el nivel del río, vaciaba agua hacia el canal. El resto del interior del edificio, pensamos que no debería ser tan sofis-

ticado como expone Hernández Ramírez (1999, p. 92), ya que, a parte de muy costoso, no era necesario. Para que tuviese la misión de represa que amortiguase la fuerza de las aguas — que es como actuaría la estructura diseñada por Hernández —, debería ser más grande y estar situado bastante más lejos del puente.

Atendiendo a los restos conservados en la zona, creemos que se trataría de un relleno de las gravas del propio río, como ya apuntó Álvarez Martínez (1983, p. 68). Sobre esa gran plataforma parece ser, a tenor de los escasos restos y de las noticias que hay sobre el monumento (Moreno de Vargas, 1974, p. 65; Fernández y Pérez, 1857, p. 24), que se echó un potente suelo de *caementum*. En los restos que se han conservado se aprecia claramente como este pavimento descansaba directamente sobre la grava, quedando esa típica imagen de descarnado, que se puede apreciar en otros yacimientos (Rodríguez Martín, 1993, p. 139). No queremos entrar en la problemática de la decoración de los arcos externos de ladrillo, conservados en el descendadero, que para uno son de época romana y para otros no (Álvarez Martínez, 1983, p. 69-70)⁴⁰. Lo que si parece claro es que la altura del tajamar debió ser la misma que la del dique de la ciudad — próxima a los 4 m (Hernández Ramírez, 1999, p. 92)⁴¹ —, y que la estructura externa de ambos pudo guardar cierta similitud⁴². Es decir, un muro corrido de granito en la base (varias hiladas) sobre el que se levantaría un paramento de mampostería alternando a cierta distancia con pilastras de granito.

Este amplio espacio ha sido interpretado muy acertadamente por Álvarez Martínez, como un *forum boarium* (Álvarez Martínez, 1983, p. 65). Opinión que compartimos plenamente⁴³. Sabemos que, prácticamente hasta nuestros días, ha permanecido en el recuerdo la denominación del lugar como “nundinas” (del latín *nundinae*) (Moreno de Vargas, 1974, p. 64)⁴⁴. Hasta los años setenta, este lugar era el elegido durante las ferias, junto con la ribera de la Barriada de San Antonio, para la transacción de ganados.

A este malecón iban a morir ambos puentes. Llama la atención al ver el dibujo, que la construcción del tajamar se haga a partir de donde presumimos era el final de cada uno de ellos (Fig. 3), cuando en realidad pudieron haber tomado más o menos terreno. Como suponemos, esta estructura tendría la misión de: nivelar los tableros del puente, encauzar el río y embellecer el lugar. Para conseguir esta unión — y colocar ambos tableros a la altura del tajamar — tuvieron que desmontar algunos arcos, tanto en el puente sobre el Guadiana (puente 1), como en el cercano a la ciudad (puente 2). Reformas que han quedado perfectamente marcadas en los últimos arcos de ambos puentes. En el que se dirige a la urbe, concretamente entre los arcos séptimo y noveno, claramente podemos ver que han tenido que desmontar parte del arco siete para poder darle más altura (Fig. 8). A partir de aquí los cambios son considerables, tanto en los arcos, como en pilastras y arquillos de aligeramiento. Pese a todas estas modificaciones, de alguna manera, guardan una cierto paralelismo. Esta paridad es patente en el arquillo de aligeramiento número siete, que se equipara con el número dos, ó el ocho con el uno. El noveno, como es lógico, comenzará a disminuir para enlazar con el tajamar. Si analizamos los pilares, vemos que ocurre algo parecido. El seis mantiene la paridad con el dos. Ahora bien, el pilar séptimo (entre los arcos siete y ocho), vemos que aumenta⁴⁵. A partir de aquí, la paridad se encontrará entre las pilas número ocho con la dos, y la nueve con la uno. Como es lógico, y se puede evaluar en la obra (Fig. 8), tuvieron que desmontar parte del arco siete para poder recrearlo y retocar la pila siete. A partir de aquí era fácil construir de nueva planta para conseguir los objetivos. De ahí que tuvieran que añadir un arco más, el número diez (Fig. 9). Esta reforma va a afectar a las pilastras, a los arquillos de aligeramiento, a los propios arcos y al tablero. Concluida la obra, este puente pasará a tener diez arcos. El primero irá a morir al paramento de la ciudad y el décimo al tajamar. En el puente central (el primero en construirse) se ha empleado el mismo sistema. Han tenido que desmontar algunos arcos, pilas, arquillos de aligeramiento, y el tablero, para conseguir nivelarlo

con la altura del malecón (Fig. 9). Pese a las grandes reformas que ha tenido este puente, aún se han conservado arcos en los que se pueden apreciar estas obras (Fig. 6). Los trabajos de desmonte llevados a cabo en el arco diecinueve quedan patentes no sólo en el exterior del arco, sino también en la línea del antiguo pretil (Fig. 12). Si trazamos una línea que arranque del pretil del arco veintitrés (arco central) y lo hacemos coincidir con el del arco veinte, nos damos cuenta que esta lleva una proyección descendente (Fig. 5). Lógico en un puente que iba a morir a tierra. Al practicar la reforma, parte del arco diecinueve se desmonta para conseguir mayor altura. De ahí, que en los restos conservados a mitad de este arco, y en los siguientes (dieciocho y diecisiete), se aprecie una inflexión, ligeramente ascendente, que tiende a conseguir un plano recto (Fig. 12). Altura que consigue nivelar ambos tableros. En este lado, como hemos apuntado, también se desmontan tres arcos: el diecinueve, el dieciocho y el diecisiete. Siguiendo el esquema de la parte contraria, tuvieron que librar y recrecer, arcos, arquillos de aligeramiento, pilastras y el tablero (Fig. 3), y añadir un arco más, el dieciséis. Arco que actualmente ha desaparecido, al formar parte de los nuevos arcos levantados (11 al 16). En una de las pilastras, concretamente la dieciséis (entre el arco 17 y el 16), se aprecian los restos del antiguo arquillo de aligeramiento, que está taponado (Fig. 12).

Como hemos visto, la unión con el malecón se solucionó en ambas partes de la misma manera: desmontar arcos, recrecerlos y añadir un arco más a cada lado — el 10 y el 16 — (Fig. 9). Se puede plantear ¿por qué en vez de añadir un arco más no se edificó el tajamar más ancho? Pensamos que tenían varias razones para no hacerlo. Quizás, la de mayor peso era que iba a ocupar demasiado terreno en el cauce del Guadiana⁴⁶ si se le daba el espacio de esos arcos, más el de las pilastras. De hecho, la anchura que le habían otorgado podía considerarse excesiva (106 m). El problema estaba, y estuvo, en la construcción de una mole tan grande desplazada del centro del lecho. Masa que recortaba en exceso el álveo de un río tan dado a las grandes avenidas. El levantamiento de este espolón suponía, como así fue, que el volumen del agua aumentaría al contar con menor espacio para circular, y la lanzaría con más violencia contra el puente. Añadir el espacio de dos arcos, por tanto, era reducir el cauce 20 m más. Es decir, hubiera pasado de 106 m a 126 m. Ya hemos comentado que en nuestra opinión fue un error su construcción. Tal vez, los romanos estaban convencidos que la anchura del cauce era suficiente y que el tajamar iba a desviar las aguas hacia la zona más ancha del cuénago. Lo que no pudieron imaginar es que esta gran obra les iba a servir, en cierto modo, de presa y ocasionar graves problemas al puente. Perjuicios que se han padecido a lo largo de los tiempos y que, como dice Moreno de Vargas (1974, p. 67)⁴⁷, terminaron con la destrucción del tajamar y la construcción de cinco arcos más en su lugar. En palabras de Plano (Plano y García, 1894, p. 30), tras la voladura de los restos que aún quedaban, "... en recientes avenidas se ha observado que la corriente es mucho más libre, resultando, por tanto, acertadísima aquella medida".

No sabemos en que fecha, pero dentro de ese plan de mejora de la zona del Guadiana, estaría la unión del tercer puente con el central. En este caso nos encontramos con que la distancia de separación entre ambos es mucho mayor (Fig. 3), ya que la isla de San Antonio era más ancha. En este espacio, atendiendo a los fuertes costes, también pudieron emplear otra plataforma. Pero no fue así. Eran conscientes de las avenidas que con frecuencia sufría el *Ana* y de la problemática planteada con la construcción del tajamar. Con estos antecedentes, no podían levantar otra mole para unir los puentes, sino utilizar en el empalme arquería. Estamos convencidos que obedece a un único proyecto, eso sí, realizado en varias fases, y en un corto espacio de tiempo (Feijoo, 1999, p. 331ss). Para esta obra tuvieron que levantar 21 arcos. Emplearon, como se ve, material de varias canteras y distintas manos, dando como resultado una fábrica más descuidada. La unión entre el puente principal y este nuevo tramo, no se ha conservado (arcos 24 al 29). Los arcos que vemos están totalmente reformados. Suponemos que el encaje entre ambos, debió hacerse empleando la misma técnica que



Fig. 12 Arco 19. Detalle de la reforma en el arco para conseguir nivelar el tablero.



Fig. 13 Torre rectangular con arquillo de aligeramiento del puente romano de Mérida.



Fig. 14 Huellas de una pilastra con tajamar adelantado. Puente sobre el Guadiana.

arcos (seis en la actualidad) que mantienen el mismo esquema constructivo que el puente central y el cercano a la ciudad. Es decir, arcos y pilastras con arquillos de aligeramiento. La explicación podría estar, en que se ha aplicado este modelo constructivo debido a la proximidad con el lecho principal y a las crecidas del río.

En nuestra opinión, el espacio que ocupan estos arcos viene a suplir, en parte, el empleado en el tajamar. Si han utilizado el mismo esquema, únicamente en estos arcos, es porque esperan que el agua circule con asiduidad por aquí. Pero hay un problema. ¿Si antes era un terreno más elevado, y ahora tiene que correr el agua por esos arcos, habrán tenido que rebajarlo para que esto pueda llevarse a cabo? Lo cual nos da pie para plantear la hipótesis que ensancharon el lecho del Guadiana, en esta área, con la finalidad que durante las crecidas las aguas pasasen también por esta zona. Pues el espacio que ocupaba el tajamar, así como su orientación, iban a lanzar más agua hacia este lado del río. Era darle al lecho del *Ana* parte del terreno que se perdía con el malecón⁴⁹. Esta actuación no sería nada nuevo para ellos, ya que como cuenta Lugli (1934, p. 281 ss), “Augusto, para paliar los grandes daños que causaba el *Tiber* en primavera, elaboró un plan que consistía en alargar las orillas del río y en drenar el cauce...”. Pero al igual que en Roma, aquí tampoco dio los resultados apetecidos.

A partir de la torre (Fig. 13), la construcción del puente cambia. Se tiene en cuenta el posible paso de agua únicamente en las grandes riadas y los problemas que pueden plantear a la construcción. Son conscientes que es una obra hecha en tierra, por la que pasará agua únicamente en las

la usada en el espolón. Es decir, desmontar algunos arcos y recrecerlos para conseguir la nivelación de los tableros. Los arcos afectados debieron ser, como es lógico, los tres últimos: el 27, 28 y 29.

Este amplio trayecto lo dividieron en dos partes. La primera correspondería al lecho central y la segunda, a la arquería sobre la isla. La separación entre ambos espacios se hizo por medio de una torre rectangular con arquillo de aligeramiento (Fig. 13). Por la posición que ocupa, creemos que debía marcar los nuevos límites inundables del río⁴⁸. Decimos “nuevos límites” ya que hasta esos momentos, a partir del arco veintinueve se llegaba a la orilla. ¿Qué ha ocurrido en este espacio, que hasta la construcción del puente era tierra firme, y ahora pasa a formar parte del lecho del río? Repasando los pocos restos conservados en esta parte, nos llama la atención que entre la torre y el primer puente (el central) se hayan levantado varios



Fig. 15 Arcos y pilastras sin arquillos de aligeramiento. Tramo de unión del primer y tercer puente.



Fig. 16 Arco reformado que sirve de unión con el tercer puente. Cajas de relleno con conglomerado hidráulico.



Fig. 17 Detalle de la caja de relleno con bloques de granito del arco cuarenta y cuatro.

grandes crecidas. La misión de este trecho es nivelar los tableros de los puentes y permitir el paso del río en las avenidas (aliviar las crecidas). Se trata de un tramo de quince arcos poco cuidados, sin taje-mares, ni arquillos aliviaderos (Fig. 15). Todos los arcos están atados mediante cajas de relleno con conglomerante hidráulico — exterior de sillares de granito, e interior rellenos de hormigón (Fig. 16) —, salvo los números treinta y siete, cuarenta y dos, cuarenta y tres, y cuarenta y cuatro, que están forrados íntegramente de granito⁵⁰ (Fig. 17). La caja de los arcos sirve para arriostrar los arcos del puente. Todo el conjunto (Figs. 9 y 3), desde el treinta y seis al cincuenta y uno, aguas abajo, tiene un refuerzo de hormigón romano, de 5 m de ancho, que tiene la misión de fortalecer la obra durante el desembalse rápido en las crecidas (Fig. 18). El objetivo de este refuerzo es que no descarne y afecte a la estructura del puente. Nos llama la atención el espacio que se le ha dado a la pila situada entre el arco treinta y seis y treinta y siete — 4,70 m — (Fig. 15), la mayor de esta obra. Actualmente está ocupado por el descendadero de la Barriada de San Antonio. La presencia de este descendadero y el hecho que se haya levantado precisamente en esta pila nos lleva a plantear la hipótesis de que, en época romana, pudo existir una rampa para descender desde el puente a la isla⁵¹.

La unión del tercer puente con esta nueva obra se hace siguiendo los mismos patrones que se habían llevado a cabo en los otros empalmes (Fig. 3). Es decir, desmontar algunos arcos para elevarlos y poder conseguir así la nivelación de los tableros. En este caso, únicamente van a desmontar el arco 51, como claramente se puede apreciar (Fig. 16). En la zona maciza, final del puente, se van hacer tres arcos más, de menor tamaño (Fig. 19). No sabemos cuando se añaden. Creemos que una vez que se ha completado la unión de los puentes. Es posible que en alguna de las voluminosas crecidas se comprobase que esta pared también suponía un obstáculo para las aguas, y, por lo tanto,



Fig. 18 Refuerzo de hormigón romano para fortalecer la obra durante el desembalse rápido.

podía ocasionar un serio perjuicio a esta estructura; si no llegó a ser dañada. De ahí, que se decidiesen abrir estos arcos con la finalidad que sirvieran de aliviadero en las fuertes avenidas.

Dentro del mismo plan de aprovechamiento y embellecimiento del área del río, debió abordarse la construcción de un gran muro que corría por la margen más próxima a la ciudad (Fig. 20). Dada la topografía del terreno, la presencia del denominado dique suponía ganar terreno a una orilla perdida. Como bien dice Feijoo (1999, p. 326) “funciona como aterramiento ganando superficie al río”. Espacio que podrá emplearse en la construcción de un camino que, como veremos, va a facilitar el acceso a la ciudad a través de sus puertas. Con esta obra se pretendía encauzar el río, aunque seguían expuestos a las inundaciones en las fuertes avenidas. Decimos esto, pues como puede comprobarse, su altura máxima coincide — y en algunos puntos es más baja — con la base de las murallas. Por tanto, no evitaba, como se ha venido diciendo, que en las grandes crecidas las agua pudiesen entrar en la ciudad. Sin embargo, se conseguía que las fuertes corrientes, en esos momentos de furia, no dañasen la roca madre sobre las que se construyeron los cimientos de las murallas. Lo que sí se lograba plenamente era obtener un importante espacio para realizar un camino externo que podía poner en conexión toda esta parte de la ciudad (Márquez Pérez, 1998, p. 296; Alba Calzado, 2001b, p. 285; Estévez Morales, 2001, p. 143; Sánchez y Marín, 2000, p. 566).

No sabemos la longitud que llegó a tener, ni si se construyó a ambos lados del puente, aunque es fácil pensar que sí, ya que la topografía del terreno en ambas partes es muy similar (Silva, 2002, p. 263, 266). En el plano de Mérida realizado por Ivo de la Cortina en 1867, se representa un muro que parece indicar que el muro se desarrollaba a ambas partes del puente (Fig. 21). Dique que el considera como los muelles del puerto fluvial (Canto, 2001, p. 156). Actualmente se conservan unos



Fig. 19 Arcos del final del puente romano.



Fig. 20 Alcazaba y dique romano.

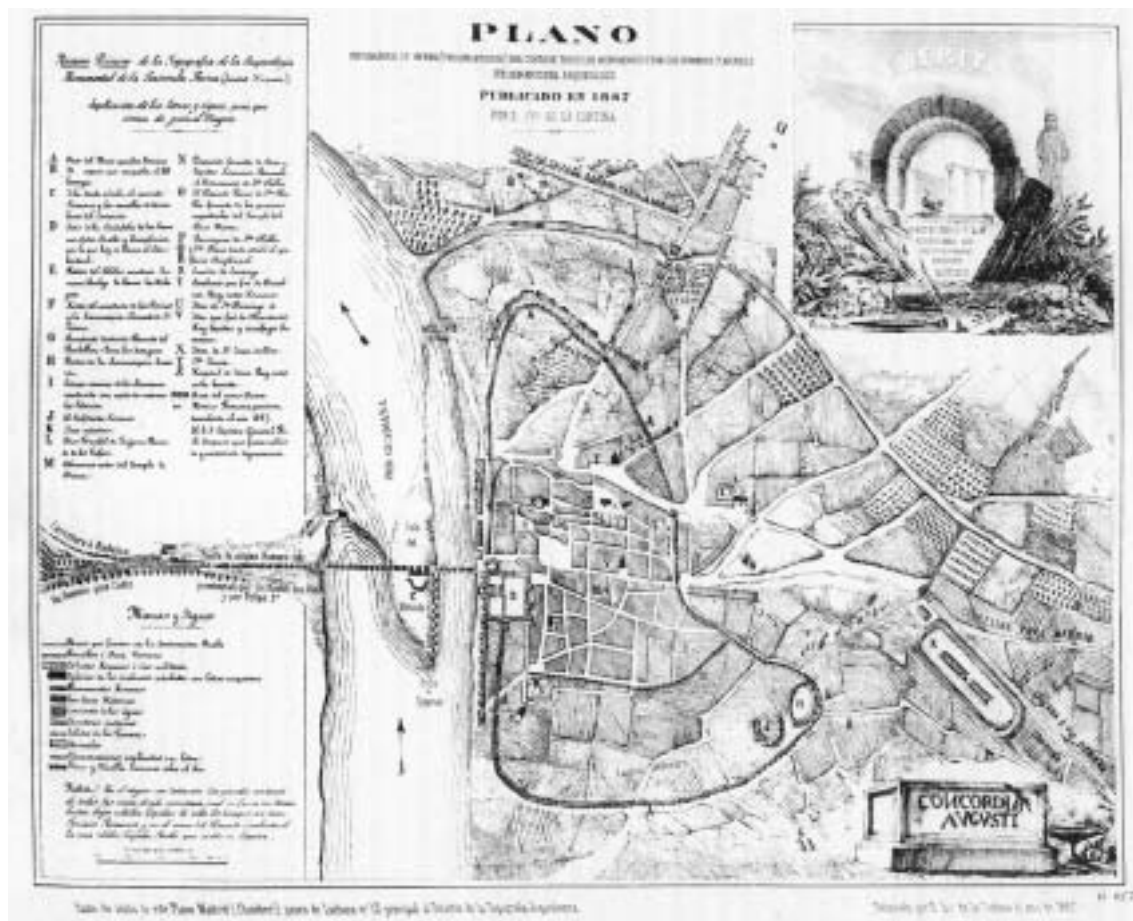


Fig. 21 Plano de Ivo de la Cortina de 1867.

250 m aguas arriba, donde es fácil seguirlo hasta la calle Atarazanas (Enríquez Navascués, 1995, p. 149) (Fig. 20). Lugar en que, como ya expuso Álvarez Martínez, se interrumpe bruscamente. Con anterioridad, en torno a los años 1960-66 — antes de que la zona se emplease, primero como vertedero, y después se convirtiese en una calle —, nosotros mismos pudimos ver los restos de este muro que continuaba por parte de la actual calle Anas.

El núcleo del “dique”, bien tratado por Álvarez Martínez (1983, p. 71), al que seguimos en su descripción, “es una obra en *opus concretum* con revestimiento exterior de sillares de granito con almohadillado... Los sillares están dispuestos a soga y se reducen a la base, compuesta de cinco hiladas. Sobre ella un paramento de mampostería.... que se estructura en bancadas”. Estructura, que como bien ha señalado Durán (1993, p. 51), “Las tongadas se escalonan retranqueándose, casi imperceptiblemente”. Siguiendo con la descripción de Álvarez, “De trecho en trecho nos encontramos con la presencia de contrafuertes que delimita el muro en varios lienzos. Están contruidos, al igual que los lienzos, en *opus mixtum* de sillares en la base, con alternancia perfecta de hiladas a soga y tizón, y mampostería... En los lienzos, en la zona superior, se disponen unos refuerzos de sillares, también marcando la alternancia de soga y tizón, como los que observamos en la fachada del anfiteatro”.

El interior del muro, podemos conocerlo gracias a los trabajos llevados a cabo por Álvarez Martínez, “...ofrece un paramento de mampostería y el muro estaba reforzado con enormes contrafuertes y, posteriormente, en un momento que actualmente no podemos precisar en espera de su exca-

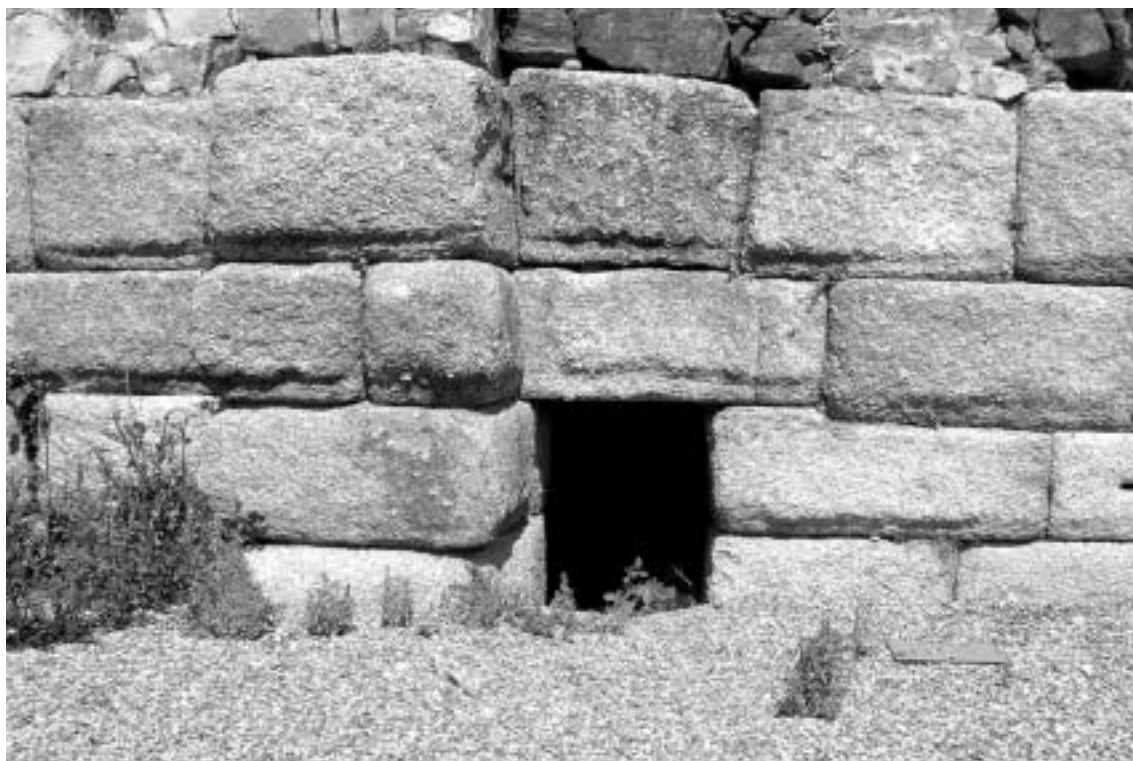


Fig. 22 Salida adintelada de una de las cloacas romanas en el dique sobre el Guadiana.

vación, por un terraplén de tierra que se formó paulatinamente, ya que la zona se utilizó como vertedero (Feijoo, 2001, p. 197; Pérez Outeiriño, 1990, p. 19-96) hacia finales del siglo I d.C. en líneas generales”.

La altura del dique (en torno a los cuatro metros) es un poco más bajo que el tablero del puente, pero a la misma altura que el primer arco, como puede observarse en la zona excavada de la puerta romana. En esta parte del dique se localizan cinco salidas de las ocho cloacas que debieron existir, según Hernández Ramírez (1998, p. 80-86). La primera, pasado el puente, corresponde a la del *decumanus maximus*, y, la última conocida, a la altura del actual aparcamiento de la calle Atarazana. Todas ellas presentan una forma adintelada (Fig. 22) salvo la primera que es arqueada (Fig. 7).

Respecto a su cronología, ya Richmond (1930, p. 104-105), el primero en analizar detenidamente esta obra, se percató que es una obra posterior a la construcción del puente; aunque lo considera de época augustea. Opinión que han seguido manteniendo autores posteriores (Álvarez Martínez et al., 1994, p. 163 ss; Hernández Ramírez, 1998, p. 90; Silva Cordero, 2002, p. 265). Por nuestra parte, como ya hemos expuesto al tratar este tema, pensamos que los puentes son posteriores a esa fecha. Por tanto, si la obra se ejecuta más tarde que el puente, como hemos visto (Durán Cabello, 1993, p. 51; Silva Cordero, 2002, p. 265), es lógico pensar que es más tardío que la fecha dada para ese monumento. El “dique” — y muy posiblemente también el tajamar —, si nos atenemos únicamente a la similitud que ofrece el paramento de mampostería con el de la fachada del anfiteatro, creemos que no debieron levantarlos antes del tercer cuarto del siglo I d.C.⁵² Fecha que Durán otorga para la ampliación del anfiteatro (Bendala y Durán, 1994, p. 259; Mateos y Márquez, 1999, p. 310)⁵³. Es en esa fase cuando se rellena (Álvarez Martínez, 1983, p. 71) y pasa a formar parte de una vía a la que confluyen las rustas comerciales más importantes (Alba Calzado, 2001b, p. 285): la del Sur,

Hispalis y las del Oeste, *Olisipo*, *Salacia*, *Scallabis*. Puertos a los que llegaban los productos de las zonas más alejadas, y de donde salían los elaborados en esta tierra (Rodríguez Martín, 2002, p. 225 ss).

Aguas abajo, pasado el puente, no hay constancia arqueológica de que este muro continuase; aunque si hay indicios para suponer que seguía también por este lado (Moreno de Vargas, 1974, p. 44). Así, por ejemplo, en las excavaciones de Morería se hace alusión a la presencia de un camino que corría por el exterior de la muralla. Camino que, si nos fijamos en la topografía del terreno, necesitaría, al igual que el de aguas arriba (Estévez Morales, 2001, p. 158. Alba Calzado, 1997, p. 290 ss, 2001b, p. 285), de una estructura similar que facilitase el recorrido. A esta calzada iban a dar, como se ve en las excavaciones de este yacimiento, varios accesos (Alba Calzado, 2001a, p. 410). Puertas que por separado apenas aportan datos novedosos, pero que al analizarlas en el conjunto del plano urbano ofrecen una visión muy interesante de *Augusta Emerita*.

Las puertas de acceso a la ciudad

La ciudad se configura en torno a cuatro grandes puertas situadas en los extremos del *kardo* y del *decumanus maximus*. Es en los extremos de cada una de estas calles donde se van a situar las entradas más importantes de la ciudad. La más significativa debió ser la que se plasmó en el reverso de las monedas.

Durante años, tal vez guiados por la influencia de la orientación hacia la actual capital de la Nación (al noreste), se tendió a ubicarla en la salida que conducía esa dirección. Se pensó, tal vez basándose en el topónimo local "Puerta de la Villa", que ese era el lugar donde podría encontrarse (Mélida, 1925, p. 118; Macías Liáñez, 1929, p. 30 ss; Álvarez Sáenz de Buruaga, 1954, p. 299-243; Bel-



Fig. 23 Puerta romana de la salida del puente romano.

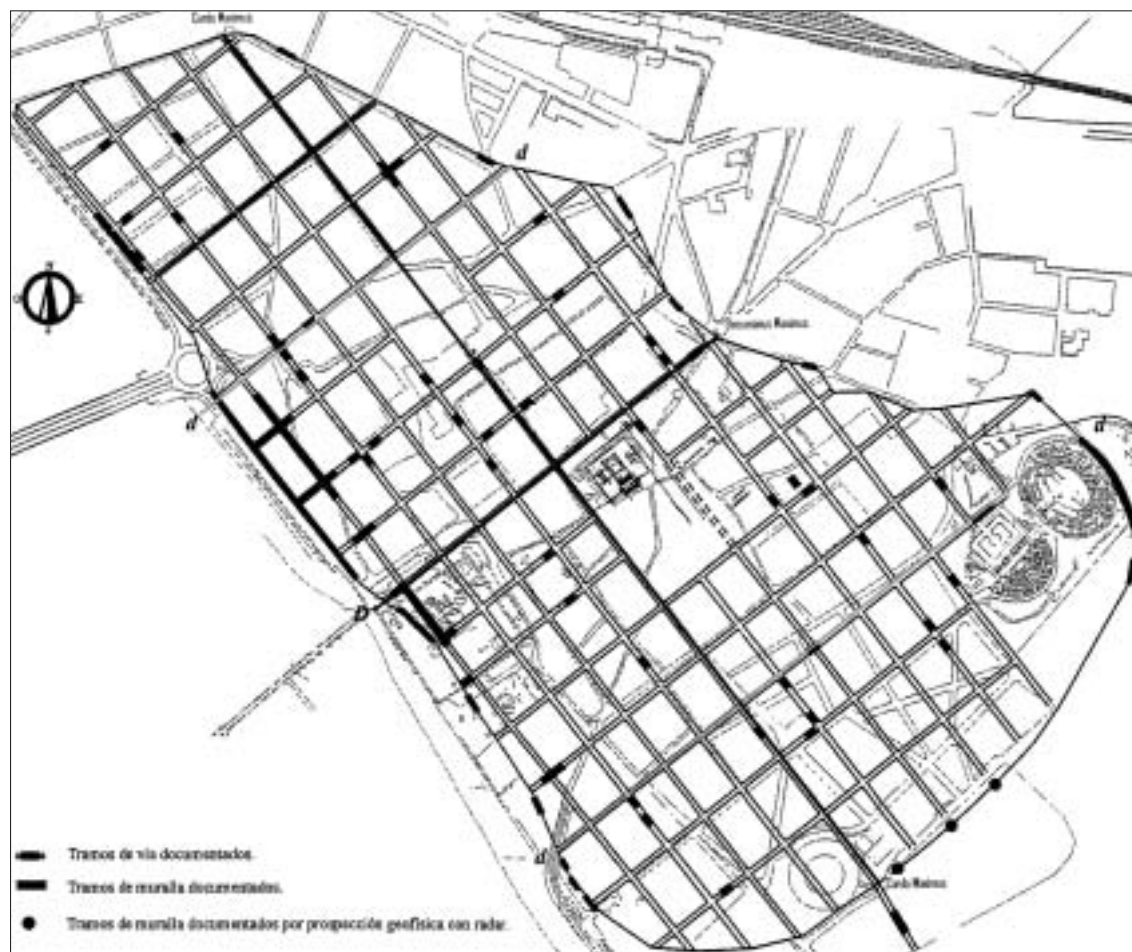


Fig. 24 Plano de Mérida con la reconstrucción de la trama urbana, a partir de los restos de vías documentados (según P. Mateos).

trán, 1976, p. 93 ss). Tras los hallazgos, en los últimos tiempos, de un acceso monumental en la cabecera del puente (*decumanus maximus*), algunos autores han querido ver en esta entrada (Fig. 23) la que se halla representada en las monedas (Álvarez Martínez et al., 1994, p. 199; Mateos Cruz, 1995b, p. 237 ss). De ser cierto este planteamiento, creemos, obedecería a un esquema bastante lógico: ocupa un lugar privilegiado; se localiza en la cabecera del puente, lugar donde confluyen las vías comerciales más importantes (*Olisipo, Salacia, Hispalis*); y, sobre todo, obedece al diagrama que venimos analizando, que la ciudad se proyecta mirando al *Ana*.

Esa vocación hacia el Guadiana se ve: en el trazado del dique, en el camino que rodea la muralla, y en la previsión de puertas y portillos (Alba Calzado, 2001a, p. 410; Sánchez y Marín, 2000, p. 566). Por los datos que conocemos, a parte de las entradas, llamémosle “oficiales”, se debieron trazar cuatro puertas más. No tan majestuosas como las mencionadas, pero sí de un tamaño considerable (todas ellas de 4 m de ancho), que permitían la entrada y la salida, sin dificultad, de dos carruajes (Alba Calzado, 2001a, p. 410-411)⁵⁴. Según los restos encontrados hasta la fecha, da la impresión que la ubicación de las puertas se encuadra dentro de un plano perfectamente orquestado (Fig. 24). Dos estarían en la fachada Este de la ciudad y dos en la Oeste. Las de la zona del río, las que más tráfico debieron soportar, se localizan a una distancia relativamente equidistante de la puerta del puente. Una al Sur, en el inicio de la calle Atarazana (Hernández Ramírez, 1998, p. 39-40), y otra al Norte, en la plaza de Roma-calle Almendralejo (Alba Calzado, 1997, p. 290, 1998,

p. 374). Podría considerarse dentro de este grupo, una tercera, de dimensiones un poco más pequeñas (3,12 m de ancho), en la confluencia de las calles Muza y Avda. Fernández López (Sánchez Barrero, 2000, p. 433-434). En la fachada Este, de las dos puertas posibles, únicamente conocemos la situada en las traseras del Anfiteatro (Mélida, 1925, p. 117; Hernández Ramírez, 1998, p. 52; Alba Calzado, 2001a, p. 410).

Si colocamos las puertas, conocidas hasta el momento, en el plano de la ciudad, vemos que tan sólo dos están en el mismo eje. La que se sitúan en la calle Atarazana y en las traseras del anfiteatro. El resto, que en teoría deben seguir la misma línea, al no haberse hallado, intentaremos situarlas siguiendo los parámetros empleados con anterioridad.

Al trazar una línea recta entre ellas (Fig. 24), observamos claramente que ambas se encuentran en los extremos del mismo *decumanus*. Pese a que Calero no lo considere (Calero Carretero, 1986, p. 162)⁵⁵. El único obstáculo a salvar para que esta premisa se cumpla, es la ubicación, de una parte, del anfiteatro. La solución adoptada fue circundarlo. Fijándonos con más detenimiento en la factura de esta vía, como ha hecho Miguel Alba en su espléndido trabajo sobre la red viaria de *Augusta Emerita* (Alba Calzado, 2002, p. 377)⁵⁶, se plantean algunas dudas respecto a la fecha de ejecución. ¿Esta calle es anterior o posterior a la construcción del anfiteatro?. Mateos, piensa que “no se corresponden con el primer momento” (Mateos Cruz, 1995b, p. 199). Alba (2001a, p. 402)⁵⁷, observa divergencias constructivas con respecto a la factura de otras calles de la ciudad. Si a estas diferencias constructivas le unimos además: la posibilidad que previamente hubiese un trazado sin obstáculos entre ambas puertas; la presencia de una tumba en la *cavea media* del anfiteatro, fechada en época de Claudio-Nerón⁵⁸; y el que un lateral de esta obra esté adosada a la muralla, nos lleva a plantearnos — como apunta Durán Cabello (2004, p. 211-216) — que en un principio⁵⁹ el anfiteatro debió ser más pequeño, un tipo *ludus* (militar).

El primitivo edificio de espectáculos, en base a esta posibilidad, aprovecharía la roca natural para tallar las gradas de la *inma cavea* (único graderío existente (Golvin, 1988, p. 109-110), y rebajar y allanar el espacio que ocuparía la arena. Si es así, como todo parece indicar, nos encontraríamos, en esos momentos, con un *decumanus minor* que ya no tendría ningún obstáculo que salvar. Por tanto, ambas puertas quedarían unidas por un eje totalmente recto.

En este caso, el paisaje resultante, sería el de una rúa que debía tener medidas parecidas a las del resto de la ciudad. Vía que tocaba directamente, en el lado Oeste, con el cierre del primitivo anfiteatro (*ludus*). En esos momentos, la entrada al interior del edificio se haría directamente desde la calle. Al resto de las puertas se podría acceder, sin ningún problema, desde cualquier punto, puesto que nos encontraríamos con una obra exenta que dispondría de un amplio espacio libre en todo el exterior de su circunferencia. Ámbito que con posterioridad va a ser ocupado por la nueva construcción. Ampliación que obliga a tener que adaptarse al terreno que les quedaba. De ahí que, como bien apreció Calero (1994, p. 306)⁶⁰, las medidas de la parte del edificio que une con la muralla sean un poco más pequeñas. En esta segunda fase, por tanto, se ocupa el espacio que quedaba libre para adherirse literalmente a la muralla. Con el empleo de este terreno y la adhesión a la cerca, dos de las entradas quedan tapadas, y, por tanto, inutilizadas. Como solución a este revés, la parte de la muralla que daba a una de las puertas, como apuntan Bendala y Durán (1994, p. 256), va a ser desmontada para facilitar el paso. El nuevo edificio amortiza la antigua calle y se produce un nuevo diseño de la carretera. Es a partir de ese momento, cuando pensamos que se adaptará a la curva que marca el anfiteatro. En este trazado lo que se mantendrá, atendiendo a la nueva fisonomía, es la puerta. Como ya ocurrió en la fase anterior, la calle también se adosa a las paredes del edificio.

En el esquema que venimos exponiendo, hemos apuntado que había cuatro puertas. Actualmente sólo conocemos tres. Nos faltaría la cuarta, que no sabemos donde se encuentra.

Aplicando el mismo diagrama que hemos realizado en el vial anterior y proyectando una línea que parta de la puerta situada en la plaza Roma (Fig. 24), vemos que este eje recorrería parte de la calle Almendralejo y vendría a desembocar, aproximadamente, en las inmediaciones de las calles Vespasiano y García de Blanes. Lugar donde, en buena lógica, debería encontrarse esta puerta. Sin embargo, a nuestro entender, esta ubicación no es nada favorable para el tránsito de carruajes, debido a su empinada cuesta. Pensando que se trataría de una entrada cuya finalidad era, precisamente, agilizar el tráfico, se podría plantear que hubiesen realizado un desplazamiento de este acceso hacia el Sureste, en busca de una zona más favorable. No se trataría de un caso excepcional. Basándonos en este planteamiento, dicha puerta debería encontrarse en la intersección de las calles Obispo Mausona y Almendralejo. En las inmediaciones de la denominada torre albarrana. Puerta, a la que Mérida le otorga unas bases romanas, pero que a nosotros nos resulta difícil poder aseverar. Este acceso vendría a coincidir con una calle que desembocaba en el foro provincial.

Nos quedaría una quinta puerta, como hemos dicho, de menor dimensión que las anteriores, pero que podía permitir el paso de dos carruajes. Se trataría de la entrada localizada en la confluencia de la Avda. Fernández López-Muza (Sánchez Barrero, 2000, p. 433-434). En este caso, aplicando el mismo esquema que el empleado en las calles anteriores, notamos, al trazar una recta, que ésta viene a coincidir en el recorrido, casi en su totalidad, con la actual calle Muza. Con lo que, en buena lógica, y teniendo en cuenta lo favorable del terreno, se halle la otra puerta, al fondo de este *decumanus minor* (confluencia con Marquesa de Pinares).

El hallazgo de varias puertas y poternas en las excavaciones realizadas recientemente en la fachada del río, han hecho plantearse a algunos investigadores la posibilidad que la ciudad contase con un buen número de entradas (Alba Calzado, 2001a, p. 410)⁶¹, lo que facilitaría un rápido y cómodo acceso al interior de la ciudad. Mérida como capital de la provincia Lusitana, a parte de su buena situación, era cabecera y término de varias calzadas (Roldán, 1971, p. 72). Por el Norte, cruzando el puente sobre el Albarregas, confluían las calzadas procedentes del Norte peninsular (Astorga, Zaragoza), y las del Oeste que venían de los puertos portugueses (*Olisipo, Salacia, Scallabis*). [*Iter ab Emerita Caesaragusta; Iter ab Emerita Asturicam; Item alio itinere ab olisipone Emeritam y Alio itinere ab olisipone Emeritam*]. Por el Sur, cruzando el río Guadiana, confluían las vías procedentes de los puertos Sevillanos y Onubense (Sur), y la que llegaba por el Oeste de los puertos portugueses del Atlántico (Gorges y Rodríguez Martín, 1999, p. 103 ss) [*Iter ab Hispali Emeritam; Iter ab Ostio fluminis Anae Emeritam usque; Iter ab Olisipone Emeritam*]. Por el Este, los caminos de la meseta (Toledo, Zaragoza) y los que se dirigían, vía Medellín, a Córdoba y Zaragoza. [*Alio itinere ab Emerita Caesaragusta; Iter ab Corduba Emeritam y Per Lusitaniam ab Emerita Caesaragusta*]. A parte de estas rutas principales, había caminos secundarios que llegaban a las puertas de la ciudad procedentes de las distintas partes del *territorium emeritense* (Sánchez y Marín, 2000, p. 549-569).

Vamos a intentar analizar los pros y contras que tenían estos accesos, dada la orografía de la ciudad, y las soluciones que pudieron buscarse (Fig. 25).

A lo largo de este trabajo hemos incidido en que la ciudad mira al río. Prueba de ello es la presencia de un dique, que la recorre de Norte a Sur, al que van a desembocar varias calles con sus respectivas salidas. Sobre este dique, elevado de la orilla del río unos 4 m, se trazó un amplio y cómodo vial que llegó a ser el verdadero pulmón del tráfico que arribaba a la ciudad. Podríamos decir que actuó, a modo de carretera de circunvalación (Estévez Morales, 2000, p. 85) como la zona más importante de recepción del tránsito de gentes, carruajes, etc., que llegaban procedentes del Norte (vía de la Plata), del Oeste o del Sur (Alba Calzado, 2001b, p. 285).

Los que accedían desde la margen izquierda del Guadiana — donde confluían tres calzadas —, una vez pasado el puente, podían optar por varios itinerarios para entrar en la urbe, dependiendo de la

zona a donde quisieran dirigirse (Fig. 24). La primera puerta se encontraba en una amplia explanada (Mateos Cruz, 1995b, p. 237) que, a través del *decumanus maximus*, comunicaba con el centro de la ciudad (traseras del foro municipal). Una segunda opción era acceder por la entrada situada en la calle Atarazana, o por alguno de los portillos que había en esa zona de la muralla, como el que se abría en la “huerta de Otero” (Hernández Ramírez, 1998, p. 39)⁶². O bien podrían continuar hacia el Sur, río arriba, según el trazado propuesto por Sánchez y Marín (2000, p. 566), para a unir con el camino de D. Álvaro (Sánchez y Alba, 1998a, p. 222).

La tercera opción era continuar hacia el Norte. En esta ruta se encontrarían con algunos portillos y poternas — como podemos observar en las excavaciones de Morerías (Alba Calzado, 1997, p. 290, 2001a, p. 410; Sánchez Sánchez, 2001, p. 259) —, la puerta situada en la confluencia de la Plaza de Roma con la calle Almendralejo, y la de la calle Muza. A partir de aquí la topografía del terreno resulta más desfavorable para acceder al interior (Fig. 25), por lo que es fácil que no se encuentren más vanos en la muralla (Sánchez Barrero, 2000, p. 433)⁶³. El viajero que deseara continuar su recorrido podría bordear por los bajos del Calvario, para enlazar con las rutas del Norte y del Oeste. Es lo que Alba denomina prolongación de la Ruta de la Plata (Alba Calzado, 1998, p. 372)⁶⁴.

A esta zona del río, además del tránsito que venía del Suroeste, también llegaban, por la margen derecha⁶⁵ (vía XII y XV), gentes procedentes de las calzadas que venía de *Olisipo*, y las que arribaban de las vías del Norte (Vía de la Plata). El itinerario, llamémosle oficial, de estas vías, se haría a través del puente sobre el Albarregas. Salvado el río, podrían acceder directamente a la ciudad por la puerta situada en la cumbre de la calle Calvario. Esta entrada tiene el inconveniente que para llegar a ella tienen que subir una cuesta con bastante inclinación, lo cual no favorece el tránsito de carruajes (Fig. 25). Ante este obstáculo, las direcciones alternativas más empleadas serían aquellas que seguían un perfil más benévolo; las que se dirigían por el exterior de la ciudad, a modo de carretera de circunvalación. Llegados a este punto, el viandante podía optar, dependiendo de la zona de la ciudad donde quisiese ir, por dirigirse hacia el Oeste — y entrar por el camino de ronda del Guadiana — o continuar por la fachada Este. Si elegía esta última, el recorrido se haría, *grosso modo*, siguiendo las partes



Fig. 25 Plano topográfico de Mérida (J. Hernández Ramírez, *Augusta Emerita*, 1998).



Fig. 26 Foto aérea de Mérida. Vuelo americano de 1956. Paso sobre el lecho del río Albarregas.

más llanas, por las inmediaciones de la calle Marquesa de Pinares (Márquez Pérez, 1998, p. 299, lám. 4; Nogales y Márquez, 2002, p. 115, Fig. 1)⁶⁶. En este trayecto hasta la “Puerta de la Villa”, podrían encontrarse por lo menos dos puertas, y es posible que algún portillo, aunque la topografía es poco favorable. Las puertas deberían encontrarse a la altura de la calle Muza (con toda seguridad la entrada más cómoda), y en las inmediaciones de la calle Almendralejo.

Viniendo desde la calle Marquesa de Pinares, el acceso a la “Puerta de la Villa”, creemos que no se haría desde la Rambla de Santa Eulalia, ya que la inclinación es bastante pronunciada (Fig. 25). Es más factible que se fuese ascendiendo hasta llegar a la altura de la calle Camilo José Cela, proseguir por la zona de la calle Cervantes, y llegar a la puerta del *decumanus maximus*.

Pasada la “Puerta de la Villa”, la carretera continuaría, alejándose de las murallas, más o menos por la actual Avda. de Extremadura⁶⁷ hasta llegar al acueducto de San Lázaro. Donde confluían con las calzadas procedentes de la Meseta y Córdoba.

Los viandantes llegados de esta zona accedían a la ciudad por dos arcos del acueducto de San Lázaro (Jiménez, 1976, p. 117)⁶⁸. Desde este punto podían tomar el camino antes señalado, y dirigirse hacia la “Puerta de la Villa”. No creemos que haya muchos portillos entre estos puntos, ya que es la parte con más pendientes.

La otra opción era dirigirse, por un camino muy favorable, en busca de la puerta situada en las traseras del anfiteatro (Sánchez y Marín, 2000, p. 563-564). En esta zona se extiende una amplia

necrópolis (Molano y Alvarado, 1990, p. 353-366; Márquez Pérez, 1998, p. 298; Bejarano, 2000, p. 305-331; Nogales y Márquez, 2002, p. 116 ss). Próximo a esta entrada, al otro lado de la conducción de San Lázaro — a la altura del Museo Nacional de Arte Romano —, es posible que hubiese un portillo, ya que la calzada allí encontrada, así como restos de un camino extramuros que sigue esta dirección, parece indicarlo (Sánchez y Marín, 2000, p. 563-564)⁶⁹.

En la fachada Sur, la única puerta documentada se encuentra a la altura de los corrales de la plaza de toros. Puerta por la que accedían, con bastante facilidad, las gentes procedentes del camino de D. Álvaro. Esta zona, pese a no ser un área donde confluían grandes vías, se localizan en su entorno una importante zona industrial y de necrópolis (Sánchez y Alba, 1998a, p. 214 ss, 1998b, p. 250; Nogales y Márquez, 2002, p. 115; Palma García, 2002, p. 115). Dadas las características del terreno, es posible, que en esta zona hubiese algún portillo más.

Todo parece indicar que la antigua *Emerita* contó con un camino que circundaba, si no toda la ciudad, gran parte de ella (Sánchez y Alba, 1998a, p. 224). Camino que facilitaba el acceso más favorable por alguna de sus puertas.

Conclusión

La ciudad desde sus orígenes miraba al Vado y al río. Se diseña con una clara proyección de futuro⁷⁰, sobre un solar que estaba vacío desde hace años. No sabemos cuando pudo llevarse a cabo la verdadera planificación urbana (Alba Calzado, 2001a, p. 402 ss). Lo que da la impresión, a la luz de los conocimientos actuales, es que la ciudad fue realizándose, como apunta Mateos Cruz (2001, p. 207), en base a distintos programas. Uno, o varios, debían incluir, entre otras cosas, un gran plan constructivo en el que se organizaba toda la fachada que miraba al *Ana*. Entre ellos, la construcción de los puentes. Éstos se realizaron en varias fases, siendo al parecer el tercer tramo el último en ejecutarse (Feijoo, 1999, p. 335). Si recurrimos a la lógica, el primero estaría encaminado a salvar el obstáculo del lecho del río (Fig. 3). Por tanto, el más antiguo, sería el tramo intermedio, el que cruza el Guadiana. Librada la dificultad del río, un segundo plan estuvo encaminado a embellecer éste área: unión de puentes, construcción del tajamar y del dique cercano a la ciudad.

Al intentar tratar la cronología de estas obras, algunos autores las encuadran en época augustea. Sin embargo los testigos materiales recogidos en el suelo emeritense no avalan con tanta rotundidad esas fechas.

Según las fuentes Mérida se fundó el año 25 a.C. (Dión Casio, 53,12,4), fecha que ha sido puesta en tela de juicio por diversos autores. Algunos investigadores, aseverando esta fecha, plantean una *Emerita* más pequeña en sus comienzos (*Quadrata*), que después fue creciendo paulatinamente. Mientras que otros la conciben proyectada a lo grande, desde sus inicios, en época del emperador Augusto. He ahí el problema.

Se puede pensar en una pequeña ciudad de fundación augustea, que fue creciendo a medida que fueron llegando gentes de otros lugares, como la que ocurrió en tiempos del emperador Otón. En la que se produjo un nuevo reparto de tierras para los colonos (Tácito, I, 78).

La gran duda que se plantea es la falta de cohesión entre lo que afirman las fuentes y la realidad arqueológica. ¿Dónde están los restos de esa Mérida fundacional recogida en las fuentes y en la numismática? A todas luces debería encontrarse bajo el actual recinto murado. Por el momento, no se han encontrado. A modo de hipótesis, se podría pensar que el primitivo emplazamiento de los veteranos estuviese en un lugar distinto al que utilizaron para planificar una ciudad "*ex novo*". Cuestión, por otro lado muy factible, ya que en un principio sería imposible vivir en un lugar levantado

por las obras (calles, cloacas, explanación de algunas *insulae*, foros, etc). A favor de esa planificación sobre un solar vacío, donde no había nada, están las pruebas arqueológicas (Enríquez y Gijón Gabriel, 1989, p. 81-95; Jiménez y Barrientos, 1997, p. 223-244; Barrientos et al., 1999, p. 265-299; Barrientos, 1999, p. 25-40, 2002, p. 135-171)⁷¹.

Hasta la fecha los registros materiales recogidos en las excavaciones realizadas en la ciudad no aportan, salvo algunas excepciones, una fecha anterior al siglo I d.C. (Barrera Antón, 1984, p. 86). Si hacemos un balance de los materiales cerámicos recogidos (por ejemplo, las sigillatas (Pérez Outeiriño, 1990, p. 140)⁷², las ánforas o las lucernas), vemos que éstos no nos aportan una fecha anterior al siglo I d.C. Y sí está constatada la presencia de este tipo de piezas en los campamentos de época augustea del Norte peninsular, como pueden ser Herrera de Pisuerga o Astorga (Morillo, 2002, p. 75-81, 1992, 1993, p. 354, 1992, p. 15 ss, 1999, p. 64 ss; Morillo y García Marcos, 1998, p. 589-607; Pérez González, 1986, p. 189, 1986, p. 45-56, 1989). Campamentos con legionarios que viven en las mismas fechas que los veteranos que fundaron esta ciudad ¿dónde están los recipientes del vino itálico que con seguridad consumían las legiones fundadoras? (Calderón Fraile, 2002, p. 361)⁷³. Lo mismo es aplicable para las lucernas ¿dónde están las lucernas de época tardorrepública y augustea? (Rodríguez Martín, 2002, p. 209 ss)⁷⁴. Esta problemática no es exclusiva únicamente de estos materiales. Si pasamos a analizar los ajuares de las necrópolis, nos encontramos con los mismos problemas. Hasta el momento los ajuares recogidos arrojan como fecha más temprana el siglo I d.C. ¿dónde están los enterramientos y las lápidas (Ramírez Sádaba, 1995, p. 257-268; Edmondson, 2001, p. 383-394) de los colonos fundadores? (Márquez Pérez, 2000, p. 527)⁷⁵. El mismo planteamiento podemos extrapolarlo a las calles (Estévez Morales, 2000, p. 92-93)⁷⁶ y a las viviendas de los primitivos colonos (Balil, 1976, p. 75-92). Es muy interesante el trabajo que Miguel Alba (2001a, p. 403) hace respecto a las calles de Mérida. En uno de ellos podemos leer que “En la fundación de *Emerita* las calles fueron trazadas con el ancho que habían de conservarse durante siglos. No fueron empedradas de inmediato, sino que funcionaron provisionalmente como caminos de tierra batida, tosca machacada... a la espera de atender infraestructuras más perentorias... en una siguiente fase se procederá a pavimentarlas con diorita simultáneamente a la acometida de las cloacas⁷⁷”. Este dato, de algún modo, nos viene a confirmar que, a la hora de planificar la ciudad, ésta se hizo sobre un solar vacío de grandes dimensiones. Si no hubiese sido así – como se puede comprobar en los ensanches y reformas posteriores – y sí un recinto más pequeño tipo campamental, tanto el trazado de las calles como los módulos empleados serían diferentes⁷⁸. Ahora bien, a tenor de los resultados obtenidos del análisis de los materiales recogidos en la base de las calzadas, sobre las que se va a colocar el enlosado, éstos tampoco sobrepasan el siglo I d.C. Son vías de tierra que, según todos los indicios, estuvieron en uso desde el principio hasta poder ser enlosadas. Suponemos que son las calles fundacionales augusteas. Si lo son, ¿dónde están los materiales de esa época, que con toda seguridad se tiraron a las calles, como ocurre con los del siglo I d.C., y sobre los que más tarde se colocarán las losas de diorita?. Pero hay más. Si rastreamos en busca de las viviendas de los primitivos colonos, nos vamos a encontrar con una situación muy similar (Balil, 1976, p. 75-92)⁷⁹. No tenemos ningún dato de esa ocupación que corresponda con esa época. Podría plantearse que viviesen mientras construían la ciudad en construcciones provisionales. ¿Durante cuánto tiempo? Independientemente de la duración, usarían recipientes, vajillas y elementos de uso cotidiano, que seguro desearían en algún momento⁸⁰. Y volveríamos a enlazar con el principio ¿dónde están los materiales pertenecientes a esos colonos?, dónde están sus viviendas? No lo sabemos. No encontramos una respuesta clara para resolver estos interrogantes. Tal vez, podría trabajarse en la idea, que a lo largo de este texto venimos planteando, de que los *veterani* de las legiones V y X se asentasen en un principio en un lugar distinto a donde

se va a planificar la ciudad y que la ejecución de las obras (que son costosas y llevan mucho tiempo) fuesen realizadas con posterioridad a las fechas propuestas.

No sabemos que sucede en esta ciudad. En otras ciudades coetáneas en la fundación, como Zaragoza, tras las últimas investigaciones (Mostalac y Pérez Casas, 1989, p. 81-156) se constata que las grandes construcciones realizadas en la ciudad se llevan a cabo en la época de Tiberio (Escudero y Galve, 2003, p. 75)⁸¹. Y, aquí, sí hay materiales que atestiguan su ocupación en época de Augusto.

Sea cual fuese la realidad, lo cierto es que *Augusta Emerita* se planificó desde sus inicios con una proyección de futuro. Se llevó a cabo en varias fases, donde a través de sus obras quedaba reflejado el poder de Roma, siguiendo un típico modelo propagandístico. Modelo que llevó bastante tiempo ejecutar y en el que, dentro de esa planificación, no se dejaron las cosas al azar.

NOTAS

* F. Germán Rodríguez Martín
C/Bellas Vistas, 9
28411 Morzarzal (Madrid)
España
frodr22@mimosa.pntic.mec.es

- 1 Mateos, en un intento de buscar una solución a esta realidad, plantea la posibilidad de que este desajuste fuese debido a que con anterioridad se hubiese construido un puente de madera. Solución que nosotros no contemplamos dado que sería una obra costosa y no necesaria en esos momentos.
- 2 El Guadiana, en años secos y fuertes veranos sufre un estiaje acentuadísimo que dura varios meses, siendo en algunos ríos total. Como ocurre con el Aljucén o Lácara, que desde finales de Junio a mediados de Octubre, casi se corta o dejan de correr, no persistiendo sino algunos charcos y tablas. Las avenidas en toda esta red son muy importantes y a veces ofrecen caracteres de inusitada violencia.... pero pronto descienden que se concentran en el cauce normal. El periodo de aguas normales no es muy prolongado, pues rápidamente sufren los efectos del estiaje no bien se inicia la primavera, dejando los ríos a excepción del Guadiana, de correr.
En verano, en esta zona, el río no llegaba a tener, hace unos años, una profundidad de 50 cm. Por tanto, no ofrecía ninguna dificultad para ser cruzado, tanto por carruajes como por personas. Debemos tener presente, además, que en la antigüedad, con la ausencia de las presas actuales que le dan un caudal más estable a lo largo del año, las avenidas debían ser más fuertes y el estiaje muy marcado. Planteándose una situación similar a la presentada por Roso de Luna y Hernández Pacheco.
- 3 La construcción de puentes en la antigüedad, como hoy, era bastante costoso, por lo que siempre que no fuese imprescindible (o por motivos propagandísticos) y existiesen otras posibilidades más económicas, como puede ser la presencia de vados, se recurría a estos pasos.
Analizando las distintas calzadas que partían de Mérida, nos damos cuenta que en muchas de ellas se recurre a los vados. Principalmente en las vías que se dirigen hacia el Este, Oeste y Sur. No así hacia el Norte (Vía de la Plata), donde los puentes son bastante abundantes. Camino, que a tenor de los hallazgos cerámicos, no va a mantener el mismo ritmo económico que las que se dirigían hacia el Oeste o hacia el Sur. La explicación que dimos en su día respecto a la presencia de tantos puentes en la vía

Norte, podría deberse fundamentalmente a su primitivo carácter militar, y a que fue uno de los ejes, jurídico-administrativo, de la capital de la Lusitania (Rodríguez Martín, 2002, p. 226).

La ausencia de puentes y el uso de vados, se puede constatar fácilmente en los alrededores de Mérida. En unas vías comerciales tan relevantes como la que se dirigen desde *Emerita* a los puertos del Atlántico (*Olisipo*, *Scallabis*, etc., *Item alio itinere ab Olisippone Emeritam* o el *Iter ab Olisippone Emeritam*), van a tener que cruzar ríos de considerable caudal, como el Guerrero, el Gévora (vía XIV y XV) o el Guadiana (a su paso por las proximidades de Badajoz, vía XII) (Gorges y Rodríguez Martín, 2000, p. 111 ss). Ríos que durante las crecidas plantean muchas dificultades atravesarlos (y con crecidas más abundantes, sin llegar a ser avenidas, es prácticamente imposible). Pero que en situaciones normales no plantean ningún problema cruzarlos a través de los vados.

En la calzada hacia *Metellinum* (*Per Lusitaniam ab Emerita Caesar Augusta*), por poner otro ejemplo, la vía atraviesa un río como el Búrdalo y lo hace a través de un vado. No es exclusivo de los grandes trazados, caso similar al emeritense lo podemos ver en otra ciudad de rango colonial como es *Metellinum*, donde el paso del Guadiana se hacía a través del vado existente.

- 4 En las etapas invernales las actividades comerciales, de tránsito, etc., quedaban paralizadas, así como los barcos en los puertos. Incluso el ejército en este período, según las fuentes, se retiraba a "a los cuarteles de invierno". Es lógico pensar, por tanto, que en una ciudad que está en construcción primasen otras necesidades antes que levantar un puente. Obra muy costosa. No hay que olvidar, además, que en las épocas de estio el río se podía cruzar con gran facilidad (Roso y Hernández, *Mapa Geológico*, 19-20).
- 5 Es significativo que un monumento de la relevancia del puente no apareciese representado en las monedas. Creemos que no aparece representado porque en esos momentos era el vado el que estaba en funcionamiento y el puente aún no existía. No podemos decir, por tanto, que el puente fuese el *genitor urbis*. Pero sí el *Ana*, cuya representación en las monedas está presente (viejo barbado).
- 6 "a 70 m del actual puente romano... restos de una posible vía que se pierde en el río en dirección a la puerta de la ciudad en época romana". El hallazgo de esta calzada la interpretamos, más que como el inicio para un puente de madera, como el principio del camino que cruzaba el río por el vado, antes de la construcción del puente.

- 7 La ciudad se asentó desde estas alturas hacia el río Guadiana, que corre, como decimos, por la cota 202 metros, y la muralla que protegió la ciudad siguió aproximadamente la divisoria de las aguas entre los dos ríos, dejando el declive hacia el Albarregas fuera del asentamiento urbano.
- 8 Vuelo americano, cliché 626, vuelta 9 del 16 de Marzo de 1956.
- 9 Obra llevada a cabo en los últimos años con motivo de la puesta en valor del puente y de las inmediaciones del Guadiana.
- 10 Intervención que actualmente ha llevado a cabo la Junta de Extremadura con la limpieza y encauzamiento del Guadianilla, para dar una corriente estable a este ramal del río.
- 11 Donde se abre el canal ambas orillas mantienen la misma cota.
- 12 La construcción del puente nuevo, más la extracción de áridos durante años —prácticamente hasta nuestros días—, han cambiado la fisonomía que pudo tener esta parte del río en la antigüedad.
- 13 Recuerdo que en mi niñez, algunas veces, en verano, hemos cruzado andando por la zona del vado, ya que el agua nos llegaba por debajo de la rodilla y apenas había corriente.
- 14 Según se puede apreciar en el mapa topográfico de la ciudad, la línea de las murallas se ha levantado siguiendo la cota de nivel más elevada. De ahí su irregularidad.
- 15 Es seguro que la ciudad comenzó con un plano regular que copiaba la planta de uno de aquellos campamentos de los *veterani quintani* y *decimani* de las legiones V y X.
- 16 Ante el desajuste que observa entre el puente y la puerta de la ciudad, le surgen una serie de dudas que le llevan a plantear la hipótesis de una reforma urbanística.
- 17 Al igual que ocurre en Roma o en otras ciudades. Álvarez Martínez, recoge la frase de Le Gall —referente al Tiber y Roma—, que bien podría definir la génesis de nuestra ciudad. “verdadero *genitor urbis*.” Y aún más el propio *Ana*, ya que como recogen los gromáticos, dividirá la *pertica* por la mitad *Aper mediam coloniae perticam ire flumen Anam*.
- 18 Más concretamente 100. El desbordamiento de las murallas de la ciudad, hacia el norte, hizo que las nuevas cloacas vertiesen hacia el Albarregas.
- 19 Comentario aportado por el ingeniero de caminos D. Juan Cerrato Rodríguez, jefe de servicios de la Consejería de obras Públicas de la Junta de Extremadura, al que agradecemos sus sugerencias. Se han utilizado para solventar los problemas de falta de agua que tenía el Guadianilla, los mismos métodos que con anterioridad habían empleado los romanos. Es decir, la apertura de dos canales, precisamente los empleados en la época antigua. El situado por encima del puente nuevo (que se ha ampliado y consolidado), y el del tramo medio (entre ambos puentes), que lo han canalizado.
- 20 Desde el comienzo del canal encontramos industrias que pudieron beneficiarse de la presencia cercana del agua. Es el caso del horno latericio de la calle Anas y sus alrededores (Sánchez y Alba, 1998, p. 211-236; Palma García, 2002, p. 87 ss). El alfar de lucernas que Hernández Ramírez sitúa en las proximidades del Puente nuevo (Hernández Ramírez, 1998, p. 192). O los de las proximidades de las calles Constantino-Atarazana y Oviedo (Rodríguez Martín, 1996a, 1996b, p. 181-204. Álvarez Saénz de Buruaga, 1960, p. 207-211). Pasado el puente romano, a la altura del molino de Pancaliente, en la confluencia de la desembocadura del Albarregas en el Guadiana, Barrantes (1887, p. 16 ss) cita en sus proximidades el hallazgo de un taller de lucernas. Fidel Fita (1894, p. 160), años más tarde, recoge la presencia tal vez del mismo alfar. Mélida (1925, p. 337) cita en esta zona dos alfares, el referido por Barrantes y otro más. Pensamos que hace un refundido con el aportado por Barrantes y Fita, que suponemos es el mismo.
- 21 Hace referencia a la intervención realizada por Juana Márquez y José Luis Mosquera en la esquina de la calle Forner y Segarra con la Avenida Fernández López. Se puso al descubierto un establecimiento industrial, cuyo uso se interpreta por sus excavadores como *fullonica*. (Palma García, 1998, 41-59; Mateos et al., 2002, 82).
- 22 Hay discrepancia, en este tema, entre los distintos investigadores. Canto (1989, p. 149-205, 1990, p. 289-297), señala que pudo ser una fundación cesariana anterior a la de Augusto. Dice que después de la *deductio* del 25 a. C. pudo existir una segunda, en el año 15 a.C., hecha por Agripa. Hipótesis apoyada por Hertz (1994, p. 204 ss). Otros, sin embargo la sitúan entre el 25 a. C. siguiendo las palabras de Dion Casio (LIII, 25,2). “*Terminada la guerra, Augusto licenció a sus veteranos soldados y les concedió que fundaran en la Lusitania una ciudad llamada Augusta Emerita*”. Los hay quienes apuestan más por la conclusión de las guerras, el año 19 o, incluso otros se plantean la fundación en torno al año 12 a.C. La bibliografía al respecto es sustancial, baste citar los trabajos de Richmond, (1930, p. 99 ss), García y Bellido (1959, p. 486), Brancati (1963, p. 113 ss), Galsterer (1971, p. 523-527), Wiegels (1974, p. 258-284), Álvarez Saénz de Buruaga (1976, p. 19-22), Álvarez Martínez (1981, p. 155-161), Forni (1982, p. 38), Menéndez (1988, p. 81), Pérez Vilatela (1990, p. 99-125), Saquete (1997, p. 23 ss), Trillmich (1999, p. 185), Velázquez (1999, p. 441) y Mateos Cruz (2001, p. 185).
- 23 Situación semejante a la que ocurre en Cartagena (Ramallo, 2003, p. 357).
- 24 « Sa muraille est avant tout une enceinte, mais elle est également et en même temps une fortification dans la mesure où elle véhicule le sentiment de sécurité qui est nécessaire à l'établissement d'une vie pacifiée et donc civilisée. Elle protège donc, et ce quelles que soient les réalités militaires du moment, un territoire à la fois bâti et mental, celui de l'*urbs* et de la *respublica* »
- 25 Se basa para hacer esta afirmación en la red de calles del centro de la ciudad, que, según él, han quedado fosilizadas desde época romana.
- 26 En el caso de Astorga o de León, donde previamente al asentamiento civil hubo un campamento militar, quedan testimonios arqueológicos que dan fe de su presencia (Morillo y Marcos, 1998, p. 598-599). Cuestión que en el caso emeritense no ocurre. Como afirma García Marcos (2003, p. 283) “Astorga cambia de status, produciéndose un intenso proceso de arrasamiento y nivelación de los antiguas estructuras de la *legio X*, comenzando su andadura como núcleo urbano.....León sufre transformaciones análogas”.
- 27 Lugares donde, hasta el momento, no se ha encontrado ninguna huella de esta etapa. Como afirma Bail (1976, p. 78). Es frecuente que un asentamiento colonial se efectúe en las proximidades de otro ya existente, por ejemplo, en el caso de Emerita, el asentamiento indígena en el cerro de San Albín.
- 28 Sirvanos de ejemplo, salvando el rango de la ciudad, el del municipio bético de *Munigua*, donde la muralla se ejecutó en diversas fases e incluso, según las últimas investigaciones, no llegó a concluirse.
- 29 Así, por ejemplo, en el caso de las calles, como bien apunta Miguel Alba, “...La regularidad en la morfología de las calles es una constante, ya sean céntricas o periféricas”. Será con posterioridad cuando se amorticen parte de estos espacios.
- 30 Ya Moreno de Vargas intuye la presencia de dos puentes, el que está cercano a la ciudad y el que se levanta al otro lado del tajamar. “...se hicieron cinco arcos muy anchos y altos en el sitio del tajamar entre las dos puentes, con que quedaron hechas una.” Macías (1929, p. 40) piensa que el puente consta de tres tramos: el primero hasta el tajamar, el segundo hasta el descendido de la Barriada de San Antonio y el tercero desde este punto hasta el final. De similar opinión es Fernández Casado.
- 31 “Los primeros pobladores de la colonia, los veteranos militares, no tenían recursos para las grandes construcciones”.

- ³² Suponemos, al tratarse de un río de poco caudal, que irían desviando el cauce a medida que iban levantando las pilastras y los arcos. De esta manera no tenían que hacer la típica doble pared de palos (*taleae et catenae*) para sacar el agua.
- ³³ Este arco ha planteado, en cuanto a su factura, opiniones diferentes. Fernández Casado y Feijoo lo consideran de factura romana, mientras que Álvarez Martínez quiere ver en él reformas posteriores.
- ³⁴ Número que se ajustaría a las máximas expuestas por P. Pontones (siglo XVIII) "...número impar para evitar que en el centro haya un pilar que embarace el paso del agua con sus previsibles arrastres...". Esta máxima, empleada en los puentes del siglo XVIII, no siempre se cumple en los puentes romanos, ya que como podemos ver en el del Albarregas o en el que está destruido sobre el Aljucén, el número de arcos es par (González Tascón, 2002, p. 147-148). Dibujos de Fernando Rodríguez, 1796.
- ³⁵ Feijoo ha querido ver en esta mole granítica parte de un antiguo dique. No dudamos de sus argumentos, pero a nuestro entender actúa como base para el puente, y como aterramiento para conseguir un espacio que facilitase la entrada a la ciudad.
- ³⁶ Muy interesante el trabajo de Sagredo (1996, p. 53-79), en el que se pone de relieve la escasez, por no decir casi ausencia, de monedas de plata de primer momento de la ceca emeritense en la ciudad.
- ³⁷ Materiales cerámicos (sigillatas, lucernas ánforas), hornos de material latericio, necrópolis, viviendas, etc., aportan una datación muy similar, en torno al siglo I d.C.
- ³⁸ Queremos agradecer a la Dra. Durán Cabello, las matizaciones que con toda generosidad nos ha ofrecido respecto a este tema. Así como las facilidades brindadas para acceder a trabajos personales que aún están en prensa. Muy interesante la reflexión de Barrera Antón (1984, p. 71), sobre los capiteles. Opinión que, tal vez, podría aplicarse a la edificación del puente. "En Mérida donde a fines de época augustea o incluso tiberiana se están poniendo en uso prácticas arcaizantes ya abandonadas en la capital del Imperio bastantes años antes...".
- ³⁹ "... era el tajamar un fuerte y valiente muro, que saliendo de los remates de los puentes, subía cada lienzo río arriba, hasta que, uniéndose, terminarían en una prolongada punta, muy semejante a la proa de una galera, en la cual dando el agua, la dividía en dos partes, echando siempre más cantidad a la matriz o corriente principal, porque el tajamar estaba fabricado con tal arte, que producía semejante separación de aguas...".
- ⁴⁰ Opina que es un añadido de la reforma del descendadero. Hernández Ramírez (1999, p. 89), los considera de época romana.
- ⁴¹ "Obtenemos para la cubierta del edificio una cota de cuatro metros sobre el nivel de la orilla del río, cota 210 sobre el nivel del mar, es decir, cota de nivelación 214".
- ⁴² No debía diferir mucho uno de otro, pues, como hemos dicho, debe obedecer a un mismo programa.
- ⁴³ Con anterioridad algunos autores, como Ivo de la Cortina, Macías, Mélida, Almagro, García Iglesias, han querido ver en esta obra un muelle fluvial. Se basaban para ello en la navegabilidad del Guadiana. Cuestión que ha quedado, perfectamente aclarada por Álvarez Martínez (1983, p. 83-84). Por las características del río y por los fuertes estiajes, aparte de los inconvenientes de tipo topográfico expuestos por Álvarez Martínez, el Guadiana nunca fue navegable, por lo menos en este tramo (Vegas del Guadiana).
- ⁴⁴ Recoge un texto de Antonio Guevara, que, entre otras cosas, hace referencia a que en este espacio estaba el mercado. Ivo de la Cortina en su mapa sobre Mérida de 1867, denomina a esa zona "Isla del Mercado".
- ⁴⁵ Para Feijoo 5,96 y para Álvarez Martínez 6,30 m.
- ⁴⁶ Se ha argumentado para explicar la construcción del tajamar en este sitio, que se debe a problemas de cimentación. Es cierto que el lugar donde se levanta es una gravera, pero también lo es que el resto del puente central está sobre la misma gravera. Sin embargo, en este caso, no fue obstáculo para que se levantasen el resto de los arcos. Ni tampoco va a haber impedimentos para que en el lugar del tajamar se construyan en el siglo XVII cinco arcos. La edificación de puentes sobre terrenos inestables es una práctica bastante usual en todo el mundo. Y los romanos tenían experiencia en este campo. En este caso, creo que la función de este espolón está más en consonancia con la misión que hemos expuesto: servir de paramento para unión de los dos puentes (abaratar costes), encauzar río y embellecimiento de esta zona, siguiendo el modelo de la *Isola Tiberina* en Roma.
- ⁴⁷ En la gran avenida del 23 de Diciembre de 1603, "...el agua sobrepujo las puentes y pasó por cima de las partes que están desde el tajamar hacia su salida, y destruyó el arco mayor del medio (que es el que el duque de Sala aderezó) se hicieron de nuevo cinco arcos muy anchos y muy altos en el sitio del tajamar entre las dos puentes, con que quedaron hachas una...". Como apunta este autor, al quedar el tajamar dañado, no se preocuparon de repararlo, sino de construir en su lugar cinco arcos. Se puede pensar que los desperfectos fueron tan grandes como para no compensar arreglarlos, y construir en su lugar una obra tan costosa como este tramo de arcos. Ahora bien, si como se ha dicho la construcción del espolón se debía a que el terreno sobre el que se iba a asentar era una gravera, el problema seguía siendo el mismo. Es cierto que como solución colocaron entre los arcos un pavimento amplio de piedras de granito (reutilizadas, posiblemente, del tajamar) que tenía la misión de arriostrear. Pero es un procedimiento que conocían perfectamente los romanos, ya que lo habían llevado a cabo en la tercera parte del puente. ¿por qué ahora sí levantan arcos y antes no? Pensamos que, como ya hemos expuesto, obedecía a un plan de propaganda. En el siglo XVII se han encontrado con que esta construcción era la causa de los perjuicios que sufría el puente. Con la construcción de esos arcos se pretendía conseguir que las aguas pudiesen circular por un espacio que antes estaba cerrado. De esta manera se recobraba el terreno usurpado al cauce. La nueva obra, concluida en 1610, no cumplió del todo con las perspectivas deseadas. Los restos que quedaban del tajamar eran demasiado importantes y seguían cumpliendo la función de abocinamiento hacia el lecho principal. Impidiendo que el río circulase libremente por todo el cauce. Aunque se había conseguido librar más espacio para que corriese el agua, aún se mantenía parte del problema. De ahí que, como recoge Macías (1929, p. 44) "Los paredones y los restos de la plaza que dicen nuestros historiadores hubo en la isla, y la presa del molino llamado de las Monjas, hacían subir el nivel de las aguas, con lo cual, según opinión facultativa, la obra de fábrica sufría una presión enorme". Esta acción, se llevó a cabo en 1897, con material explosivo. De esta manera se subsanaba, en buena parte, un "error" que había durado varios siglos y ocasionado demasiados problemas al puente.
- ⁴⁸ Es significativo que en este lado del puente hayan rebajado, a nivel de cimentación, las dos pilastras que sobresalían (27 y 28); mientras que en lado del tajamar continúan, pese a haberle añadido otro arco más. No sabemos si el desmonte de estas pilastras ha sido con posterioridad o cuando se levantó este tramo de unión. Lo cierto es que aún se pueden apreciar los cimientos de una de ellas, la pila 27 (Fig. 14). Si la operación se hizo en época romana, supondría que quisieron marcar el nuevo límite del lecho del río. A partir de esos momentos, entre la torre y el tajamar.
- ⁴⁹ El nuevo lecho del río pasaría a estar en torno a los 150 - 180 m.
- ⁵⁰ Algunas de estas piedras conservan huellas de haber sido empleadas con anterioridad en otra obra.
- ⁵¹ Debía existir alguna rampa que descendiese del tajamar a la isla.
- ⁵² La tumba exhumada por Marcos Pous, en la *cavea media* del anfiteatro, arroja de entrada una fecha, atendiendo al ajuar, a partir de Claudio-Nerón.

- ⁵³ Durán Cabello (en prensa) plantea una cronología a partir del año 69 d.C. para la realización completa de este edificio.
- ⁵⁴ Distingue tres tipos de entradas, en base a sus medidas: 1- Las de doble arcada, situadas en los extremos de las principales avenidas. 2 - De un sólo vano de cuatro metros. 3- Las de dos metros. 4- Las porternas, de 1,20 m. Habría que añadir, en base a los últimos hallazgos, una intermedia, entre la segunda y la tercera, de 3,12 m. Aunque es posible que se acomode mejor, en cuanto a su uso, con las de cuatro metros.
- ⁵⁵ "La disposición atípica de la calle — no es evidentemente un *decumanus minor* — nos lleva a pensar que fue una solución de emergencia para el problema provocado por el adosamiento muralla-anfiteatro. El hecho que dos puertas de la fachada Este del anfiteatro fueran impracticables obligó a aumentar las posibilidades de evacuación de los espectadores por la puerta norte y noroeste del monumento por donde necesariamente tenían que salir los espectadores de la media y *summa cavea* del sector noreste del edificio".
- ⁵⁶ "El acerado se adaptaba al contorno curvo del edificio público, adosándose a su fachada de contrafuertes con piezas de diferente longitud. La obra pudo ser acometida con posterioridad a los acerados convencionales....la calle fue recrecida respecto a los accesos del anfiteatro y de la aldea puerta de la muralla, y lo mismo cabe decir del empedrado de la vía que en este tramo es de pequeño formato y de peralte inexistente, características de las calzadas emeritenses más recientes..."
- ⁵⁷ La regularidad en la morfología de las calles es una constante, ya sean céntricas o periféricas.
- ⁵⁸ Si tomamos como referencia el material de la incineración de Marcos Pous, podemos plantearnos que dicha ampliación debería ser con posterioridad a Claudio-Nerón. Etapa muy importante ya que es el momento en que contamos con datos de la presencia de los primeros alfareros y de la marmorización (Rodríguez Martín, 2002, p. 210 y 227; Barrera Antón, 1984, p. 69 ss). La presencia de esta tumba, así como las exhumadas por Mateos y Márquez (1999, p. 301-320) en el interior del teatro, apuntan a que estos edificios estarían fuera del *pomerium*. Nosotros pensamos, en base a lo analizado con anterioridad, que el cerco murado debió planificarse a lo grande; y que ambas construcciones quedaron integrados desde el principio dentro de lo que sería el espacio urbano. Lo que no estamos seguros es cuando se terminaron de ejecutar las murallas. La presencia de las tumbas dentro del cerco murado plantea serios interrogantes. Cuestión a la que no tenemos una respuesta clara y concreta. La única explicación que se nos ocurre es que la muralla no estuviese terminada en esa zona, y que, tal vez en esa fecha, esa parte de la ciudad (situada en un extremo), únicamente estuviese ocupada por estos edificios. Es decir, que nos encontrásemos ante un descampado, surcado por una de las vías que salían de la urbe; localizándose el núcleo central de la población bastante alejado.
- ⁵⁹ El circo, anfiteatro, puente, y posiblemente otros edificios, se hacen en diversas fases. Los inicios de algunos de ellos vienen a coincidir con el reinado de Tiberio (Montalvo et al., 1997, p. 250; Sánchez Palencia et al., 2001, p. 72 ss).
- ⁶⁰ La explicación es distinta, ya que plantea la construcción del anfiteatro de una sola vez. "...esta parte del edificio que une con la cerca sea un poco más pequeña" (Calero Carretero, 1986, p. 162).
- ⁶¹ "Si no todas, si la mayoría de las calles que iban a dar a la muralla contaban con su correspondiente puerta; en este sentido, la ciudad resultaba muy permeable y ágil al tráfico.... Mérida dispondría de más de cuarenta vanos en la muralla". Estamos de acuerdo con Alba en que la ciudad contó con un número considerable de "puertas", aunque nos parece excesivo el número propuesto. Pensamos que no todas las calles que iban a dar a la muralla contaron con un vano de salida. Entre otras razones, por la orografía del terreno. Ahora bien, sí es cierto que en la fachada del río, debido al intenso tráfico que debió soportar, el número de puertas, portillos o poternas fue mayor que en el resto del recinto murado.
- ⁶² D. Antonio Díaz Pintiado la excavó en 1976, bajo la dirección de D. José Álvarez Sáenz de Buruaga. Mide 2,30 m. En palabras de su excavador, "más que una poterna, actuaba como desagüe de un *decumanus minor*". En nuestra opinión, se trata de una poterna, con la misma función que las recientemente descubiertas en el área arqueológica de Morerías — con las que guarda un gran paralelismo, tanto en la construcción como en las medidas. Con esta aseveración no pretendemos descartar que actuase como desagüe en los periodos de lluvia, sino que ambas tareas son complementarias. Queremos dar las gracias a D. Antonio Díaz Pintiado, buen conocedor del solar emeritense, por sus importantes sugerencias.
- ⁶³ Plantea otro posible acceso, no localizado, en la calle Hernando de Bustamante.
- ⁶⁴ Entre el Guadiana y las murallas mediaba una estrecha banda de terreno surcada por la prolongación de la vía de la Plata, ramal de circunvalación al encuentro de la cabecera del puente.
- ⁶⁵ Pasada la llamada "Alcantarilla romana" la calzada oficial continuaba en busca del puente sobre el Albarregas. Si analizamos la foto aérea de 1956 (Fig. 25), vemos: en primer lugar, que el río Albarregas en su desembocadura está seco. Y, en segundo lugar, un "camino" bien marcado que lo cruza en dirección a la ciudad. En base a la fotografía y a los trabajos de Roso de Luna y Hernández Pacheco (Roso y Hernández, 1950, p. 19), nos planteamos la hipótesis que en la antigüedad también pudo haber un Acamino que atravesase esta zona en épocas favorables (Fig. 26). A favor de este planteamiento está el hecho que se acortaba trayecto, la topografía era benévola, y que el río la mayor parte del año estaba seco — sobre todo en los meses de verano —. Meses en los que la actividad comercial era mayor. De existir este camino, no oficial, se entraría directamente desde la calzada de *Olisipo*, a la ciudad, por la fachada del río (Oeste).
- ⁶⁶ Importante área de enterramientos en Marquesa de Pinares.
- ⁶⁷ A favor de este recorrido está, a parte de la facilidad del recorrido, la presencia de una zona de necrópolis (Mélida, 1925, p. 125 y 197 ss; Márquez Pérez, 1998, p. 299, lámina 4), la ubicación de la Iglesia de Santa Eulalia, y del *Xenodochium*. Edificio que se situaba en las inmediaciones de las calzadas (Mateos Cruz, 1993, p. 68).
- ⁶⁸ Posiblemente por debajo de los arcos que se han conservado de este acueducto. Llama la atención que éstos sean de piedra, cuando los demás son de ladrillo. Incluso da la impresión, con ese alomohadillado tan marcado, que hay una clara intención de resaltarlos. Tal vez, como queriendo indicar al transeúnte la entrada o salida de la ciudad a través de unas imaginarias "puertas".
- ⁶⁹ Corresponde al camino n.º 8.
- ⁷⁰ Una vez delimitado, el *pomerium* ni fue ampliado ni reducido; como se ha podido comprobar con la construcción de barrios extramuros pegados al cerco murado en épocas tempranas (Mateos et al., 2002, p. 74).
- ⁷¹ Los restos arqueológicos más antiguos encontrados en el lugar que va a ocupar la antigua *Emerita* se localizan en diversas partes de la ciudad, pero donde son más frecuentes es en la zona del Calvario. Estos restos ocupan un amplio arco que abarca desde el Neolítico final hasta la transición del Bronce a la Edad del Hierro. Desde esas fechas hasta la ocupación romana no se ha documentado, por el momento, ningún vestigio. Con estos datos, de alguna manera, se confirma que el solar donde se va a asentar la nueva ciudad estaba vacío (Enríquez Navascués, 2003, p. 185 ss).
- ⁷² "No hay argumento fuerte para pensar en la existencia de un comercio de *tsi* en Mérida con anterioridad al 12/10 a.C., cosa un

- poco rara si consideramos la fundación de la Colonia en el 25 a.C.... Hacia el cambio de Era el comercio de *tsi* en Mérida parece tomar fuerza... En la primera parte del reinado de Tiberio se produce el climax." Como vemos, es a partir del cambio de Era cuando se cuenta verdaderamente con productos itálicos. No antes, donde su presencia es testimonial. No queremos incidir más en este tema, ya que actualmente está en curso un trabajo, por parte de D. José Manuel Jerez Linde, sobre la *terra sigillata* del Museo Nacional de Arte Romano. En él se abordará en intensidad esta cuestión.
- ⁷³ "Volumen de 211 piezas, con un lapso cronológico que abarca desde el siglo I al V d.C.... Respecto a las importaciones vinarias a *Augusta Emerita*, destacar la Dressel 2 que representa casi un 65%. Muy extendida desde el siglo I d.C. hasta el tercer cuarto del siglo II d.C."
- ⁷⁴ Las lucernas más antiguas que conocemos no pasan el primer cuarto del siglo I d.C.
- ⁷⁵ "Abundantes ajuares fechados en la primera mitad del siglo I d.C." La única tumba que presumiblemente podría darnos una fecha anterior, al contar con vajilla campaniense, está asociada a material Julio-Claudio. Con lo que debemos interpretarla como vajilla de los antepasados.
- ⁷⁶ Parece lógico presuponer que la red de alcantarillas formaba parte de la concepción urbana en ciudades creadas "*ex novo*" ya que la situación contraria causaría tremendas molestias al tener que levantar las vías...Fecha probable de ejecución de la vía es del siglo I d.C." (Barrientos, 2000, p. 68) "Esta vía y la cloaca debió construirse a mediados del siglo I d.C... Podría haber existido una calle quizás fundacional, sin cloaca y sólo someramente realizada como un camino."
- ⁷⁷ El hecho que las calles se diseñan a lo grande desde el principio vendría a avalar la hipótesis de una ciudad de nuevo cuño sobre un solar vacío.
- ⁷⁸ Salvando las sustanciales diferencias, un caso similar de planificación inicial, sobre un solar vacío, se documenta en la *Regina Flavia*, donde, al igual que en Mérida, en un principio se estructuran los ejes de la ciudad (*Decumanus* y *Kardo maximus*), con la anchura que van a tener las calles principales (incluidos los pórticos), y se realiza la red de cloacas. Aquí, a diferencia con la capital, la anchura de las calles, al planificarse únicamente sólo los dos principales, es distinta. Sin embargo, pese a todo, hay situaciones comunes. Como sucede en *Augusta Emerita*, las primitivas vías, las que van a ser ocupadas, son de tierra batida (pizarra machacada extraída de la construcción de las cloacas, ladrillos, cenizas, etc.) a la espera de ser pavimentadas. Salvo en la zona del foro donde se colocan piezas de piedra, posiblemente desde el inicio.
- ⁷⁹ Como afirma Palma (1999, p. 362) "...seguimos sin conocer las viviendas de los primeros colonos...Por tanto no se ha documentado en *Emerita* la presencia de casas de atrio y peristilo, tipo que estaría implantado en la Colonia hasta bien entrada la segunda mitad del siglo I d.C."
- ⁸⁰ *Vid. Supra*, n. 26.
- ⁸¹ La madurez de *Caesaragusta* se produce en época de Tiberio.

BIBLIOGRAFIA

- ALBA CALZADO, M. (1997) - Ocupación diacrónica del área arqueológica de Morería (Mérida). *Memorias. Excavaciones Arqueológicas de Mérida (1994.1995)*. Mérida. 1, p. 285-315.
- ALBA CALZADO, M. (1998) - Consideraciones arqueológicas en torno al siglo V en Mérida: repercusiones en las viviendas y en la muralla. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas de Mérida (1996)*. Mérida. 2, p. 361-385.
- ALBA CALZADO, M. (2001a) - Características del viario urbano de Emerita entre los siglos I y VIII d.C. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas de Mérida (1999)*, Mérida. 5, p. 397-423.
- ALBA CALZADO, M. (2001b) - Mérida, entre la tardoantigüedad y el Islán: datos documentados en el área arqueológica de Morería. In VALDÉS, F.; VELÁZQUEZ, A., eds. - *La islamización de la Extremadura romana* (Cuadernos Emeritenses; 17). Mérida: Museo Nacional de Arte Romano, p. 267-308.
- ALBA CALZADO, M. (2002) - Datos para la reconstrucción diacrónica del paisaje urbano de Emerita: Las calles porticadas desde la etapa romana a la visigoda. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas de Mérida (2000)*. Mérida. 6, p. 371-396.
- ALMAGRO BASCH, M. (1976) - La topografía de Augusta Emerita. In *Symposion de ciudades augusteas* (Bimilenario de Zaragoza). Zaragoza: Ministerio de Educación y Cultura, p. 189-211.
- ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M.^a (1981) - En torno a algunos aspectos de la fundación de Mérida". *Revista de Estudios Extremeños*. Badajoz. 37, p. 155-161.
- ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M.^a (1983) - *El puente romano de Mérida*. Mérida: Museo Nacional de Arte Romano.
- ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M.^a (1985) - El tiempo antiguo en *Historia de Extremadura*. Badajoz. Universitas Editorial, I, p. 101-155.
- ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M.^a (2002) - Calzadas de Hispania: planificación e ideología imperial. In GALLIAZZO, V., ed. - *Via Claudia Augusta: un'arteria alle origini dell'Europa: ipotesi, problemi, prospettive/Eine Strasse am Ursprung Europas: Hypothesen, Probleme, Perspektiven: atti del Convegno internazionale = Berichte der Internationalen Tagung: Feltre 24-25 settembre/September 1999*. Feltre: Comune, p. 1- 21.
- ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M.^a [et al.] (1994) - *Conjunto arqueológico de Mérida. Patrimonio de la Humanidad*. Salamanca: Diputación Provincial.
- ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M.^a; NOGALES, T. (2003) - *Forum Coloniae Augustae Emeritae. Templo de Diana*. Mérida: Asamblea de Extremadura.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1954) - El escudo de Mérida y su origen romano. *Revista de Archivos Bibliotecas y Museos*. Madrid. 9, p. 299-243.
- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1960) - Museo Arqueológico de Mérida (Badajoz): nuevas adquisiciones. *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales (1955-1957)*. Madrid. 16-18, p. 207-211.

- ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J. (1976) - La fundación de Mérida. In *Augusta Emerita (Actas del Bimilenario)*. Madrid: Dirección General de Patrimonio Artístico y Cultural del Ministerio de Educación y Ciencia y Patronato de la ciudad de Mérida, p. 19-32.
- ARIÑO, A.; GURT, J. M. (1994) - Catastros romanos en el entorno de Augusta Emerita. Fuentes literarias y documentación arqueológica. In GORGES, J.-G.; SALINAS DE FRÍAS, M., eds. - *Les campagnes de Lusitanie romaine*. Madrid-Salamanca: Casa de Velázquez, p. 45-66.
- BALIL, A. (1976) - Sobre la arquitectura doméstica en Emerita. *Augusta Emerita*. Madrid: Dirección General de Patrimonio Artístico y Cultural del Ministerio de Educación y Ciencia y Patronato de la ciudad de Mérida, p. 75-92.
- BARRANTES, V. (1887) - *Barros emeritenses. Estudio sobre los restos de cerámica romana que suelen hallarse en las ruinas de Mérida*. Madrid: Imprenta de T. Fortanet.
- BARRERA ANTÓN, J. L. (1984) - *Los capiteles romanos de Mérida* [Monografías Emeritenses, 2]. Badajoz: Gráficas Moreno.
- BARRIENTOS VERA, T. (1999) - Intervención arqueológica en el solar de la c/Adriano, nº 45. Nuevos hallazgos en el Cerro del Calvario. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas en Mérida* (1997). Mérida. 3, p. 25-40.
- BARRIENTOS VERA, T. (2000) - Intervención arqueológica en la esquina de las calles Francisco Almaraz y Forner y Segarra. Nuevos datos del viario romano en la zona Norte. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas de Mérida* (1998). Mérida. 4, p. 59-81.
- BARRIENTOS VERA, T. (2002) - Ampliación sobre los restos calcolíticos y del viario romano del Cerro del Calvario. Intervención arqueológica realizada en el solar nº 16 de la calle Prudencio, esquina con la calle Francisco Almaraz. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas en Mérida* (2000). Mérida. 6, p. 135-171.
- BARRIENTOS VERA, T.; JIMÉNEZ, J. J.; MONTALVO FRÍAS, A. (1999) - Nuevos hallazgos prehistóricos en el casco urbano de Mérida. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas en Mérida* (1997). Mérida. 3, p. 265-299.
- BEJARANO, A. (2000) - Intervención arqueológica en el antiguo solar de Campsa. Espacio funerario de época altoimperial. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas de Mérida* (1998). Mérida. 4, p. 305-331.
- BELTRÁN, A. (1976) - Las monedas romanas de Mérida, su interpretación histórica. *Augusta Emerita*. Madrid: Dirección General de Patrimonio Artístico y Cultural del Ministerio de Educación y Ciencia y Patronato de la ciudad de Mérida, p. 93-106.
- BENDALA, M. y ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M.^a (1995) - Semblanza de Augusta Emerita. *Extremadura Arqueológica*. Cáceres. 4, p. 179-190.
- BENDALA, M.; DURÁN, R. (1994) - El anfiteatro de Augusta Emerita: Rasgos arquitectónicos y problemática urbanística y cronología. (Bimilenario del Anfiteatro romano de Mérida). In *Coloquio Internacional El Anfiteatro en la Hispania romana*. Badajoz: Junta de Extremadura, p. 247-264.
- BRANCATI, A. (1963) - *Augusto e la guerra di Spagna*. Urbino: Argalia.
- CALDERÓN FRAILE, N. (2002) - Sobre ánforas romanas halladas en Mérida. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas de Mérida* (2000). Mérida. 6, p. 361-370.
- CALERO CARRETERO, J. A. (1986) - *La muralla romana de Augusta Emerita: contexto histórico y arqueológico*. Cáceres: Universidad de Extremadura (Tesis de licenciatura mecanografiada).
- CALERO CARRETERO, J. A. (1994) - La planta del anfiteatro romano de Mérida. In *Coloquio Internacional el anfiteatro en la Hispania romana* [Bimilenario del anfiteatro romano de Mérida]. Badajoz: Junta de Extremadura, p. 301-310.
- CANTO, A. (1989) - *Colonia Iulia Augusta Emerita*: consideraciones en torno a su fundación y territorio. *Gerión*. Madrid. 7, p. 149-205.
- CANTO, A. (1990) - Las tres fundaciones de Augusta Emerita. In *Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung Hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit*. München: Bayerischen Akademie der Wissenschaften, p. 289-297.
- CANTO, A. (2001) - Ivo de la Cortina y su obra Antigüedades de Itálica (1840): una revista arqueológica malograda. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*. Madrid. 27, p. 153-162.
- DURÁN CABELLO, R. M. (1993) - Técnicas de edificación romana en Mérida (I). *Anas*. Mérida. 4-5, p. 45-80.
- DURÁN CABELLO, R. M. (2004) - *El teatro y el anfiteatro de Augusta Emerita. Contribución al conocimiento histórico de Lusitania*. Oxford: Archaeopress (BAR International Series; 1207).
- DURÁN CABELLO, R. M. (en prensa) - El teatro y el anfiteatro de *Augusta Emerita*. Últimos resultados de la investigación.
- EDMONDSON, J. (2001) - Some new granite funerary stelae from Augusta Emerita. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas de Mérida*, 1999. Mérida. 5, p. 383-394.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J. (1995) - Relación de sondeos y excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en Mérida entre 1987 y 1991. *Anas*. Mérida. 7-8, p. 143-158.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J. (2003) - *Prehistoria de Mérida (Cazadores, campesinos, jefes, aristócratas y siervos anteriores a los romanos)* (Cuadernos Emeritenses, 23). Mérida: Museo Nacional de Arte Romano.
- ENRÍQUEZ, J. J.; GIJÓN GABRIEL, E. (1989) - Los restos prehistóricos de la necrópolis del Albarregas (Mérida) y el denominado Horizonte de las Cazuelas Carenadas en la transición neolítico-calcolítico en la provincia de Badajoz. *Revista Estudios Extremeños*. Badajoz. 45:1, p. 81-95.
- ESCUADERO, F. A.; GALVE, M.^a P. (2003) - El teatro de Caesaraugusta: espacios y formas. In *El teatro romano: puesta en escena*. Zaragoza: Departamento de Educación, Cultura y Deporte de la Comunidad Autónoma de Aragón, p. 75-86.

- ESTÉVEZ MORALES, J. A. (2000) - Intervención arqueológica en el solar de la c/ Hernando de Bustamante, n.º 7. Espacio de uso público (vía) y privado de época romana. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas de Mérida (1998)*. Mérida. 4, p. 83-113.
- ESTÉVEZ MORALES, J. A. (2001) - Nuevos datos para el conocimiento arqueológico de un espacio extramuros próximo al río Guadiana. Intervención realizada en el solar que actualmente ocupa el aparcamiento de la Avda. Fernández López. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas de Mérida (1999)*. Mérida. 5, p. 141-163.
- FEIJOO, S. (1999) - Aspectos constructivos del puente romano de Mérida. *Memoria. Excavaciones Arqueológicas de Mérida (1997)*. Mérida. 3, p. 321-337.
- FEIJOO, S. (2000) - Generación y transformación del espacio urbano romano de Augusta Emerita al exterior de la muralla. *Memorias. Excavaciones arqueológicas de Mérida (1998)*. Mérida, 4, p. 571-581.
- FEIJOO, S. (2001) - El aljibe de la Alcazaba de Mérida. 10 campaña de excavación en la zona Norte y Oeste. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas de Mérida (1999)*. Mérida. 5, p. 191-212.
- FERNÁNDEZ CASADO, C. (1955) - *Historia del Puente en España. El puente de Mérida* (Informes de la construcción y del cemento; 76). Madrid: Ministerio de Obras Públicas.
- FERNÁNDEZ Y PÉREZ, G. (1857) - *Historia de las antigüedades de Mérida*. Badajoz: Imprenta Nueva.
- FITA, F. (1894) - Excursiones epigráficas. *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Madrid. 25, p. 135-166.
- FORNER Y SEGARRA, A. F. (1893) - *Antigüedades de Mérida, metrópoli primitiva de la Lusitania, desde su fundación en razón de colonia, hasta el reinado de los árabes*. Mérida: Imprenta Nueva.
- FORNI, G. (1982) - La popolazione di Augusta Emerita. In *Homenaje a Sáenz de Buruaga*. Badajoz: Institución Cultural "Pedro de Valencia". Excm. Diputación de Badajoz, p. 33-73.
- GALSTERER, H. (1971) - *Untersuchungen zum römischen Städtewesen auf der Iberischen Halbinsel*. Berlin: Walter de Gruyter, p. 523-527.
- GARCÍA MARCOS, V. (2003) - Los campamentos militares de época augustea: el caso de León. En MORILLO, A.; CADIOU, F.; HOURCADE, D., eds. - *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*. León: Universidad, p. 275-294.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1959) - Las colonias romanas de Hispania. *Anuario de Historia del Derecho Español*. Madrid. 29, p. 447-519.
- GIL FARRÉS, O (1946) - La ceca de la colonia Augusta Emerita. *Archivo Español de Arqueología*. Madrid. 19, p. 209 -247.
- GOLVIN, J.C. (1988): - *L'amphithéâtre romain. Essai sur la théorisation de sa forme et des ses fonctions* Paris: De Boccard.
- GONZÁLEZ TASCÓN, I. (2002) - La ingeniería civil romana. In *Artífex. Ingeniería romana en España*. Madrid: Ministerio de Educación Cultura y Deporte y Ministerio de Fomento, p. 33-175.
- GORGES, J.-G.; RODRÍGUEZ MARTÍN, F. G. (1999) - Un nouveau milliaire de Magnence en Hispanie: la borne de <Torre Águila> (Montijo, Badajoz). In GORGES, J.-G.; RODRÍGUEZ MARTÍN, F. G., eds. - *Économie et territoire en Lusitanie romaine* (Collection de la Casa de Velázquez; 65). Madrid: Casa de Velázquez, p. 241-262.
- GORGES, J.-G.; RODRÍGUEZ MARTÍN, F. G. (2000) - Voies romaines, propriétés et propriétaires à l'ouest de Mérida: problèmes d'occupation du sol en moyenne vallée du Guadiana sous le Haut-Empire. In GORGES, J.-G.; NOGALES, T., eds. - *Sociedad y cultura en Lusitania romana*. Mérida: Estudios Portugueses, 13, p. 101-153.
- HERNÁNDEZ RAMÍREZ, J. (1998) - *Augusta Emerita. Estructura urbana*. Badajoz: Diputación.
- HERNÁNDEZ RAMÍREZ, J. (1999) - El tajamar del puente romano de Mérida. *Mérida. Ciudad y Patrimonio*. Mérida. 3, p. 85-103.
- HERTZ, L. E. (1994) - Consideraciones en torno al urbanismo de *Augusta Emerita* en su primer período. In *Actas del XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica*. Tarragona: Institut d'Estudis Catalans, p. 204-205.
- HOURCADE, D. (2003) - Les murailles des villes romaines de l' Hispania républicaine et augustéenne: enceintes ou fortifications du territoire urbain?. In MORILLO, A.; CADIOU, F.; HOURCADE, D., eds. - *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*. León: Universidad, p. 285-324.
- JIMENEZ, A. (1976) - Los acueductos de Mérida. *Augusta Emerita*. Madrid: Dirección General de Patrimonio Artístico y Cultural del Ministerio de Educación y Ciencia y Patronato de la ciudad de Mérida, p. 111-125.
- JIMENEZ, J. J.; BARRIENTOS VERA, T. (1997) - Los silos de Morería y otros datos sobre la transición del Bronce Final a la primera Edad del Hierro en la provincia de Badajoz. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas en Mérida (1994-95)*. Mérida. 1, p. 223-244.
- LE ROUX, P. (1999) - Le territoire de la colonie auguste de Mérida. Reéflexions pour un bilan. In GORGES, J.-G.; RODRÍGUEZ MARTÍN, F. G., eds. - *Économie et territoire en Lusitanie romaine*. Madrid: Casa de Velázquez, p. 263-278.
- LEQUÉMENT, R. (1977) - Rapport préliminaire sur deux sondages effectués à Mérida. Septembre - Octobre 1973. *Noticiario Arqueológico Hispánico*. Madrid. 5, p. 145-166.
- LUGLI, G. (1934) - *I monumenti antichi di Roma e suburbio. II. Le grandi opere pubbliche*. Roma: G. Bardi.
- MACÍAS LIÁÑEZ, M. (1929) - *Mérida monumental y artística (Bosquejo para su estudio)*. Mérida.
- MÁRQUEZ PÉREZ, J. (1998) - Nuevos datos sobre la dispersión de las áreas funerarias de Emerita Augusta. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas de Mérida (1996)*. Mérida. 2, p. 281-301.

- MÁRQUEZ PÉREZ, J. (2000) - Aportaciones al estudio del mundo funerario en *Emerita Augusta. Memorias. Excavaciones Arqueológicas de Mérida (1998)*. Mérida. 4, p. 525-547.
- MATEOS, P. (1993) - El culto a Santa Eulalia y su influencia en el urbanismo emeritense (siglos IV-VI). *Extremadura Arqueológica*. (1992). Badajoz. 3, p. 57-80.
- MATEOS, P. (1995a) - Proyecto de arqueología urbana en Mérida: desarrollo y primeros resultados. *Extremadura Arqueológica*. Badajoz. 4, p. 191-215.
- MATEOS, P. (1995b) - Reflexiones sobre la trama urbana de Augusta Emerita. *Anas. Mérida*. 7, p. 233 -247.
- MATEOS, P. (2001) - *Augusta Emerita*. La investigación arqueológica en una ciudad de época romana. *Archivo Español de Arqueología*. Madrid. 74, p. 183-208.
- MATEOS, P.; MÁRQUEZ, J. (1999) - Nuevas estructuras urbanas relacionadas con el teatro romano de Mérida: el pórtico de acceso. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas de Mérida (1997)*. Mérida. 3, p. 301-320.
- MATEOS, P.; AYERBE, R.; BARRIENTOS, T.; FEIJOO, S. (2002) - La gestión del agua en Augusta Emerita. *Empuries*. Barcelona. 53, p. 67-88.
- MÉLIDA, J. R. (1925) - *Catálogo Monumental de España. Provincia Badajoz (1907-1910)*. Madrid: Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.
- MENÉNDEZ, J. (1988) - Evolución urbana y demográfica de la ciudad de Mérida. In *Homenaje a García y Bellido (5)*. Madrid: Universidad Complutense, p. 81-92.
- MOLANO, J.; ALVARADO, M. (1990) - Avance de las excavaciones en la necrópolis oriental de *Emerita Augusta*: El Sitio del Disco. In *XXXIII Congreso Nacional de Arqueología*. Teruel: Ayuntamiento de Elche, p. 353-366.
- MONTALVO, A.M.; GIJÓN, M.^a E.; SÁNCHEZ PALENCIA, F.J. (1997) - Circo romano de Mérida. Campaña de 1995. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas de Mérida (1994-1995)*. Mérida.1, p. 245-253.
- MORENO DE VARGAS, B. (1974) - *Historia de la ciudad de Mérida (1633)* [Segunda Reedicción]. Cáceres: La Madrila.
- MORILLO, A. (1992a) - *Cerámica romana de Herrera de Pisuerga (Palencia, España): las lucernas*. Santiago de Chile: Universidad Internacional SEK.
- MORILLO, A. (1992b) - La producción de Vogelkopflampen de Herrera de Pisuerga (Palencia, España). Un testimonio revelador de la política militar augustea en la Península Ibérica. *Opus. Siena*. 11, p. 115-134.
- MORILLO, A. (1993) - Una nueva producción de lucernas en la Península Ibérica: El taller militar de Herrera de Pisuerga (Palencia, España). *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*. Porto. 33:1-2, p. 351-364.
- MORILLO, A. (1999) - *Lucernas romanas en la región septentrional de la península ibérica. Contribución al conocimiento de la implantación romana en Hispania* (Monographies instrumentum; 8). Montagnac: Monique Mergoïl.
- MORILLO, A. (2002) - Conquista y estrategia: el ejército romano durante el periodo augusteo y Julio-Claudio en la región septentrional de la Península Ibérica. In *I Congreso de arqueología militar romana en Hispania* (Segovia, 1998). Madrid: CSIC (*Gladius* Anejos; 5), p. 67-93.
- MORILLO, A.; MARCOS, V. (1998) - Nuevos testimonios acerca de las legiones VI *Victrix* y X *Gemina* en la región septentrional de la Península Ibérica. In *Deuxième congrès de Lyon sur l'armée de Rome sous le Haut-Empire*. Lyon: Universidad de Lyon, p. 589-607.
- MOSTALAC, A.; PÉREZ CASAS, J.A. (1989) - La excavación del foro de Caesaraugusta. La plaza de la Seo. In *Zaragoza. Investigaciones histórico-arqueológicas*. Zaragoza: Diputación, p. 81-156.
- NOGALES, T.; MÁRQUEZ, J. (2002) - Espacios y usos funerarios en Augusta Emerita. In VAQUERIZO, D., ed. - *Espacios y usos funerarios en el Occidente romano*. Córdoba: Universidad, p. 113-144.
- PALMA GARCÍA, F. (1998) - Intervención arqueológica en el solar de la calle Forner y Segarra n.º 27. Espacio de uso doméstico-industrial. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas de Mérida (1997)*. Mérida. 3, p. 41-59.
- PALMA GARCÍA, F. (1999) - Las casas romanas intramuros en Mérida. Estado de la cuestión. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas de Mérida (1997)*. Mérida. 3, p. 347-365.
- PALMA GARCÍA, F. (2002) - Ocupación industrial y funeraria de un espacio suburbano en la Colonia Augusta Emerita. Intervención arqueológica realizada en un solar de la calle Tomás Romero de Castilla s/n. *Memorias. Excavaciones arqueológicas de Mérida (2000)*. Mérida. 6, p. 79-92.
- PÉREZ GONZÁLEZ, C. (1986) - El desarrollo urbanístico en Herrera de Pisuerga según la repartición de las marcas de alfarero en TS. In *I Coloquio Arqueología Espacial*. Teruel. 10, p. 45-56.
- PÉREZ GONZÁLEZ, C. (1989) - *Cerámica romana de Herrera de Pisuerga (Palencia, España): la terra sigillata*. Santiago de Chile: Universidad Internacional SEK.
- PÉREZ OUTEIRIÑO, B. (1990) - *Sellos de alfarero en terra sigillata itálica encontrados en Mérida*. (Cuadernos Emeritenses; 3). Mérida: Museo Nacional de Arte Romano.
- PÉREZ VILATELA, L. (1990) - Estrabón y la división provincial de Hispania en el 27 a.C. *Polis*. Alcalá de Henares. 2, p. 99-125.
- PLANO Y GARCÍA, P. M. (1894) - *Ampliaciones a la historia de Mérida, de Moreno de Vargas, Forner y Fernández*. Mérida: Imprenta Nueva.
- RAMALLO, S. F. (2003) - *Cartago Nova*. Arqueología y epigrafía de la muralla urbana. En MORILLO, A.; CADIOU, F.; HOURCADE, D., eds. - *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*. León: Universidad, p. 325-362.

- RAMÍREZ SÁDABA, J.L. (1995) - Estelas de granito inéditas del MNAR (Museo Nacional de Arte Romano) de Mérida. *Anas. Mérida*. 7-8, p. 257-268.
- RICHMOND, I.A. (1930) - The first years of Augusta Emerita. *The Archaeological Journal*. Nottingham. 87, p. 99-116.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, F. G. (1988) - La villa romana de la dehesa de Torre Águila en Barbaño-Montijo. *Extremadura Arqueológica*. Salamanca. I, p. 201-219.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, F. G. (1993) - *Arqueología de la villa romana de Torre Águila*. Cáceres (Tesis doctoral inédita).
- RODRÍGUEZ MARTÍN, F. G. (1996a) - *Materiales de un alfar emeritense: paredes finas, lucernas, sigillatas y terracotas* (Cuadernos Emeritenses; 11). Mérida: Museo Nacional de Arte Romano.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, F. G. (1996b) - Material cerámico procedente del vertedero de la calle Atarazana (Badajoz): Lucernas y Paredes finas. *Mélanges de la Casa de Velázquez*. Madrid. 32, p. 181-204.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, F. G. (1996c) - La cerámica de "paredes finas" en los talleres emeritenses. *Mélanges de la Casa de Velázquez*. Madrid. 32, p. 139-179.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, F. G. (1997) - La villa romana de Torre Águila (Barbaño, Badajoz). Consideraciones generales. In *Congreso Internacional La Hispania de Teodosio*. Segovia-Coca: Junta de Castilla y León, p. 697-711.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, F. G. (1999) - Los asentamientos rurales romanos y su posible distribución en la cuenca media del Guadiana In GORGES J.-G.; RODRÍGUEZ MARTÍN, F.G., eds. - *Économie et territoire en Lusitanie romaine*. Madrid: Casa de Velázquez, p. 121-134.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, F. G. (2002) - *Lucernas romanas del Museo Nacional de Arte Romano de Mérida* (Monografías Emeritenses; 7). Madrid: Museo Nacional de Arte Romano.
- ROLDÁN, J. M.^a (1971) - *Iter ab Emerita Asturicam. El camino de la Plata*. Salamanca: Universidad.
- ROSO DE LUNA, I.; HERNÁNDEZ PACHECO, F. (1950) - *Mapa Geológico de España. Explicación de la hoja n.º 777. Mérida (Badajoz)*. (Instituto Geológico y Minero de España). Madrid: Tip. Lit. Coullaut Mantuano.
- SAGREDO, L. (1996) - Análisis de las emisiones de Emerita. *Hispania Antiqua*. Valladolid. 20, p. 53-79.
- SÁNCHEZ BARRERO, P. D. (2000) - Trabajo desarrollado por el equipo de seguimiento de obras durante el año 1998. *Memorias, Excavaciones Arqueológicas de Mérida (1998)*. Mérida. 4, p. 433-434.
- SÁNCHEZ BARRERO, P. D.; ALBA CALZADO, M. (1998a) - Intervención arqueológica en el vial c/ Anas. Restos de una instalación agrícola e industrial en el área suburbana de *Emerita Augusta*. *Memorias. Excavaciones arqueológicas de Mérida (1996)*. Mérida. 2, p. 211-236.
- SÁNCHEZ BARRERO, P. D.; ALBA CALZADO, M. (1998b) - Intervención arqueológica en la parcela C-I de Bodegones. Instalación industrial de material constructivo cerámico para la edificación de Emerita Augusta. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas de Mérida (1996)*. Mérida. 2, p. 237-265.
- SÁNCHEZ BARRERO, P. D.; MARÍN, B. (2000) - Caminos periurbanos de Mérida. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas de Mérida (1998)*. Mérida. 4, p. 549-569.
- SÁNCHEZ PALENCIA, F. J.; MONTALVO, A. M; GIJÓN, M.^a E. (2001) - El circo romano de Augusta Emerita. In *El circo en Hispania Romana*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, p. 75-95.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, G. (2001) - Nuevos datos sobre un nuevo camino periurbano en Mérida. Intervención arqueológica en el solar n.º 7 de la c/ Villanueva de la Serena. *Memorias. Excavaciones Arqueológicas de Mérida (1999)*. Mérida. 5, p. 255-266.
- SAQUETE, J.C. (1997) - *Las élites sociales de Augusta Emerita* (Cuadernos Emeritenses; 13). Mérida: Museo Nacional de Arte Romano.
- SCHULTEN, A. (1922) - Mérida. Das Spanische Rom. *Deutschen Zeitung fuer Spanien*. Barcelona, p. 9-20.
- SERRA RAFOLS, J. de C. (1946) - La Alcazaba de Mérida. *Archivo Español de Arqueología*. Madrid. 19, p. 335-345.
- SILVA CORDERO, A. F. (2002) - Seguimiento de obras en el proyecto de regeneración de los márgenes del Guadiana, de Enero a Abril de 2000. *Memoria. Excavaciones Arqueológicas de Mérida (2000)*. Mérida. 6, p. 257-287.
- TRILLMICH, W. (1999) - Las ciudades hispanorromanas: reflejos de la metrópoli. In *Hispania. El legado de Roma*. Zaragoza: Ministerio de Educación y Cultura, p. 183-197.
- VELÁZQUEZ, A. (1999) - Colonia Augusta Emerita. In *Hispania. El legado de Roma*. Zaragoza: Ministerio de Educación y Cultura, p. 441-448.
- WIEGELS, R. (1974) - Zum Territorium der Augusteichen Kolonie Emerita. *Madriider Mitteilungen*. Mainz. 17, p. 258-284.

